

LA ENEIDA



Editorial Universidad de Sevilla

COLECCIÓN LITERATURA

DIRECTOR DE LA COLECCIÓN

Juan Montero Delgado

CONSEJO DE REDACCIÓN

Barrera López, Trinidad. Universidad de Sevilla
Candau Morón, José María. Universidad de Sevilla
Carrera Díaz, Manuel. Universidad de Sevilla
Delgado Pérez, María Mercedes. Universidad de Sevilla
Falque Rey, Emma. Universidad de Sevilla
Maldonado Alemán, Manuel. Universidad de Sevilla
Montero Delgado, Juan. Universidad de Sevilla
Pérez Pérez, María Concepción. Universidad de Sevilla
Prieto Pablos, Juan Antonio. Universidad de Sevilla
Utrera Torremocha, María Victoria. Universidad de Sevilla

COMITÉ CIENTÍFICO

Avramovici, Jean-Christophe. Université Paris-Sorbonne
Calvo Rigual, Cesáreo. Universidad de Valencia
Carriedo López, Lourdes. Universidad Complutense
Costa, Virgilio. Universidad Tor Vergata (Roma)
Galván, Fernando. Universidad de Alcalá de Henares
Gargano, Antonio. Università degli Studi di Napoli Federico II
Gibert, Teresa. Universidad Nacional de Educación a Distancia
Gil Fernández, Juan. Real Academia Española
Gómez Camarero, Carmen. Universidad de Málaga
Gualandri, Isabella. Università degli Studi di Milano
Marello, Carla. Università degli Studi di Torino
Marx, Friedhelm. Otto-Friedrich-Universität Bamberg
Pérez Jiménez, Aurelio. Universidad de Málaga
Puig Montada, Josep. Universidad Complutense
Siguán, Marisa. Universidad de Barcelona
Valis, Noël. Yale University

LA ENEIDA

Publio Virgilio Marón

Traducción de
Bartolomé Segura Ramos

LITERATURA
EDITORIAL UNIVERSIDAD DE SEVILLA

Sevilla 2022

LITERATURA

Nº 166

EDITORIAL UNIVERSIDAD DE SEVILLA

COMITÉ EDITORIAL

Araceli López Serena [Directora de la Editorial Universidad de Sevilla]

Elena Leal Abad [Subdirectora]

Concepción Barrero Rodríguez

Rafael Fernández Chacón

María Gracia García Martín

María del Pópulo Pablo-Romero Gil-Delgado

Manuel Padilla Cruz

Marta Palenque Sánchez

María Eugenia Petit-Breuilh Sepúlveda

José-Leonardo Ruiz Sánchez

Antonio Tejedor Cabrera

Primera edición: 2022

© Bartolomé Segura Ramos [traducción], 2022

© Editorial Universidad de Sevilla, 2022

c/ Porvenir, 27 41013 Sevilla

<https://editorial.us.es> / eus4@us.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada, salvo excepción prevista en la ley, con la autorización de sus titulares. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual [art. 270 y siguientes del Código Penal].

DL: SE 1662-2022

isbn: 978-84-472-2371-8

Motivo de cubierta: Eneas. Ilustración de Carlos Alfonso Segura Camazón

Impreso en papel ecológico.

Maquetación: Unidad técnica. Editorial Universidad de Sevilla

Impresión: Podiprint

ÍNDICE

PRÓLOGO.....	9
INTRODUCCIÓN.....	11
LIBRO I.....	31
LIBRO II.....	57
LIBRO III.....	83
LIBRO IV.....	109
LIBRO V.....	133
LIBRO VI.....	161
LIBRO VII.....	193
LIBRO VIII.....	221
LIBRO IX.....	245
LIBRO X.....	269
LIBRO XI.....	297
LIBRO XII.....	325

PRÓLOGO

La presente traducción de *La Eneida* de Virgilio fue originariamente publicada en el Círculo de Lectores (Barcelona, 1981), gracias a un ofrecimiento de don Agustín.

Para esta nueva edición en la EUS ha sido Rocío, exalumna y colega en la Universidad de Sevilla durante largos años, y actual catedrática de Latín en la misma, quien me ha orientado e insuflado ánimos, al tiempo que proponía el trabajo a la directora de dicha EUS, que amablemente aceptó la obra, considerándola de interés para la editorial.

Asimismo, algunos miembros familiares han contribuido a facilitar técnica y administrativamente el proceso de adaptación y puesta al día de esta labor.

El trabajo originario, urgido teóricamente el traductor por la editorial barcelonesa, fue llevado a cabo en un tiempo récord de cuarenta días, a razón de nueve horas diarias de trabajo, para el cual el traductor dispuso, amén del texto latino, de un único y excelente comentario de autoría británica. No hubo tiempo para más.

El fruto de dicho desvelo fue entregado a dicha editorial en octubre de 1979, y sin embargo la obra no vería la luz pública hasta 1981. El autor no dispuso nunca ni siquiera de las primeras pruebas.

La traducción de la obra que ahora se publica es fundamentalmente la misma de 1979. No obstante, han sido introducidos cambios en el proceso de revisión que cabe calcular en un 10 por ciento.

Dichos cambios han consistido en: a) corrección de erratas (pocas); b) corrección de términos mal empleados (como escribir “retama” por “rama”) o inapropiados; c) restablecimiento de versos, íntegro o parcialmente omitidos, o de palabras sueltas; d) en un plano más creativo: sustitución en bastantes casos por términos más precisos y adecuados de otros menos afortunados, presentes en la traducción originaria; e) en la misma línea, corrección de estilo, especialmente en lo que atañe al orden de palabras, con el fin de dar mayor fluidez a la frase; y f) por último, introducción de los números (de cinco en cinco) de los versos del poema virgiliano para facilitar la búsqueda de pasajes en una traducción en prosa como la presente, en la que originariamente no había numeración alguna.

Releída tantos años después esta traducción, uno observa que, si algo bueno tuvo (y tiene) es la conservación del aire primitivo y oracular (como del *uates* primordial latino) del texto virgiliano, característica que, a mi juicio, confiere a dicha traducción la mejor de las virtudes posibles en un poema de esta naturaleza (las traducciones sofisticadas, “literarias” y perfeccionistas, alejan tanto la traducción del original que lo desvirtúan por completo, y ya no sabemos si leemos a Virgilio y su *Eneida* o un recorte de prensa actual).

Por ello, entiendo que, conservado dicho espíritu y mejorados el estilo de la traducción, así como la precisión lingüística, el texto remozado que ahora ofrecemos al público en general y al universitario en particular puede resultar de interés para todo el que lo leyere y asimismo del gusto de todos.

Sevilla, junio de 2021

INTRODUCCIÓN

El poeta romano Publio Virgilio Marón nació en Mantua, junto al río Po, en el año 70 a. C., y murió en Brindis, costa oriental de Italia, el año 19 a. C.; vivió, pues, 51 años.

Como habían hecho otros poetas provincianos, Virgilio marchó a Roma en su juventud, donde entraría a formar parte del círculo de Mecenas, ministro de Augusto, círculo que este alentaba y al que también pertenecían el poeta lírico Horacio, los elegíacos Tibulo y Propercio, y otros más. La república romana acababa de fenecer a manos de Gayo Julio César, que en reñida lucha con Pompeyo, tras ganar la guerra, se había erigido en dictador. Mas el año 44, el día de las idus de marzo (día 15 del mes), César caía asesinado por obra de Bruto y Casio, cabecillas de la conspiración que trataba de restaurar la república. César Octavio Augusto (Octaviano), hijo adoptivo del dictador, constituyó el segundo triunvirato militar junto a Marco Antonio y Lépido. Muerto este, los dos primeros volvieron a enfrentarse en una nueva guerra civil que solo habría de terminar el año 31 a. C. en la batalla de Actio, de la que escapó huyendo Marco Antonio con su esposa egipcia Cleopatra. Augusto iniciaría su famoso principado, constituido en monarca absoluto, procediendo a la reorganización del Estado Romano, período de la historia de Roma que se conoce con el nombre de Restauración. Al final de su largo

reinado (murió en agosto del 14 d. C.), el régimen político por él instaurado subsistiría en los emperadores romanos Tiberio, primero, y luego, Calígula, Claudio, Nerón, etc.

Por su parte, Virgilio vivió tan mal como los demás aquellos largos años de la guerra civil (43-31), período durante el cual y dependiente del círculo a que nos hemos referido anteriormente, compuso primero diez poemas de tema pastoril y bucólico a imitación del poeta greco-siciliano Teócrito. Son las *Bucólicas* o *Églogas* (primera edición: año 39, en número de nueve; la décima parece ser del año 37), en las que describe el mundo rural y pastoril, agrícola y amoroso de la Italia de su tiempo, dentro de una atmósfera idealizante, siguiendo de cerca, como exigían las normas literarias de la época y como haría en sus demás obras, a su modelo griego. Esta obra responde al gusto literario del período helenístico alejandrino, que, una generación anterior a nuestro poeta, habían implantado en Roma los llamados «poetas nuevos» (*poetae noui*), y cuya influencia se dejaría notar hondamente en él, especialmente en esta obra de juventud.

A continuación, escribiría en cuatro libros un largo poema rústico, las *Geórgicas*, en el que cantó la vida campesina. En el libro I trata de la elección, preparación y cultivo de labrantíos; en el II, de la plantación y árboles (olivo y vid); en el III, de los ganados, rebaños, vacadas y yeguas; en el IV, exclusivamente de las abejas. El poeta provinciano seguía pegado a la tierra.

Para este poema didáctico contaba igualmente con una buena tradición, tanto en lo que respecta a la forma como al tema en sí; el viejo Catón el Censor (s. II a. C.) había escrito tratados sobre el campo; el poeta epicúreo Tito Lucrecio Caro, un poema didáctico-filosófico, *Sobre la Naturaleza* (*de rerum natura*); asimismo, contaba con modelos griegos como Arato, y otros.

Por fin, respondiendo, al parecer, a un antiguo anhelo del poeta, de un lado, y al deseo del emperador Augusto, muy especialmente, por el otro, Virgilio se embarcó en un poema de largo alcance: *La Eneida*.

Inició los preparativos de la obra el año 29 y cuando en el año 19 moría de una enfermedad crónica de pecho o estómago, o ambos a la vez, fue su deseo, según cuenta la tradición, que se quemase la obra

porque le faltaba la última mano. Tres años consideraba Virgilio a su muerte, según testimonia el historiador Suetonio (s. I d. C.) en su *Vida de Virgilio*, que le hubiesen sido necesarios para llevar a feliz término el poema acorde con su gusto. Es el caso que algunas señales de semejante imperfección parecen detectarse en él.

La Eneida está escrita en hexámetros, verso latino cuantitativo, compuesto de seis pies (cada pie son dos o tres sílabas, ni más ni menos), cada uno de los cuales lleva un golpe rítmico, o ictus. El poema tal como lo poseemos consta de 9.996 hexámetros, divididos en 12 libros de extensión variable (el más largo, el último, consta de 952 versos).

En la Antigüedad los géneros literarios se hallaban nítidamente distinguidos con reglas, normas y tradición, forma y temas, lo que contribuía a la individualidad de cada uno. Naturalmente, lo mismo que hemos insinuado de pasada respecto a las dos obras anteriores de Virgilio, para el género de *La Eneida*, la épica, el peso de la tradición actuaba decisivamente.

Es así como dicha tradición épica, al menos la escrita, se remonta al siglo VI a. C., con las obras de Homero, *Iliada* y *Odisea*, que marcarían la pauta para toda la épica posterior. Debemos, sin embargo, advertir que media una importante diferencia entre esa épica homérica y la épica posterior griega y latina, y, en general, de la cultura occidental. Aquella, la que convencionalmente llamamos de Homero, es fruto de las baladas o leyendas a las que se dio forma definitiva a finales del siglo VI a. C., y que eran recitadas por bardos o aedos profesionales en las ciudades antiguas, en las plazas públicas y los palacios reales, y como tales, respondían a las necesidades y prácticas del recitado oral, vivo e inmediato. No es este el caso de la épica posterior, de la cultura occidental, queremos decir.

A imitación de Homero, el poeta Apolonio de Rodas (s. III a. C.) compuso sus *Argonáuticas*, siguiendo de cerca el patrón, incluso en el uso artificial del lenguaje. En Roma, los poetas Nevio y Ennio siguieron la tradición, implantando en lengua latina la poesía épica de los griegos. Ambos poetas son de los siglos III/ II a. C.; el primero escribió una *Guerra Púnica*, sobre acontecimientos relativamente recientes; el segundo, unos *Anales*, sobre acontecimientos históricos

asimismo. Es este último, Ennio, el que aclimataría el género en latín, como otro Homero que él se sentía.

Pues bien, a esta tradición debe Virgilio no solo la línea general de composición y la forma, sino el uso prolijo de contextos, situaciones, expedientes literarios, etc. Y por lo que respecta a los poetas romanos épicos, buena parte de la lengua e invenciones que aquellos emplearon.

Como se ve, el mundo literario antiguo ofrece unas características sorprendentes en lo tocante a la llamada originalidad, que parece que radicaba exclusivamente (o poco menos) en la combinación nueva de unos elementos tradicionales utilizados por anteriores escritores.

Sobre el molde tradicional del género literario de la épica, Virgilio se propuso contar en su *Eneida* lo que para los romanos constituía una especie de prehistoria de Roma, entretrejida de leyendas oscuras y contradictorias, bajo las cuales, no obstante, siempre se escondía alguna parte de verdad. De este modo, Virgilio, junto a su inspiración poética, su larga preparación de versificador, su profundo conocimiento de la literatura griega y latina, hubo de agregar todavía la labor del erudito, recabando información de los datos históricos allí donde había que ir a buscarlos: en las obras de los historiadores romanos o griegos, en los Registros que los pontífices romanos iban elaborando de los sucesos importantes, en las obras de antigüedades romanas, a las que con tan particular empeño y eficacia se habían dedicado muchos estudiosos de la época, entre los que naturalmente descollaría el polígrafo Varrón (116-27 a. C.).

En particular, la leyenda de Eneas era bastante conocida y había sido contada múltiples veces; a ella habían aludido los mismos épicos a que nos hemos referido arriba: Nevio y Ennio. Asimismo Catón en sus *Orígenes*, y Varrón en sus *Antigüedades y Familias Troyanas* habían contado las peregrinaciones de Eneas, y asociado la fundación de la nación romana a su llegada a Italia. Por otra parte, muchas familias de Roma aspiraban a hallar ancestros en los troyanos.

Conviene que el lector moderno se prepare, a la hora de enfrentarse con la lectura de una obra clásica romana o griega, y especialmente, si esta es una epopeya, a entrar en un mundo espiritual algo

diferente al que conoce y que una larga tradición cristiano-occidental le ha configurado. Encontrará en *La Eneida* un olimpo de dioses, numeroso, chocante, cuyo jefe supremo es Júpiter, padre de los dioses y rey de los hombres, a cuyo lado aparece una abigarrada caterva de otros dioses, cada uno de los cuales tiene asignado un cometido: Juno, esposa del dios supremo, a la vez que hermana; Minerva, diosa de las artes y la sabiduría; Apolo, también llamado Febo; Diana, su hermana; Mercurio, Venus, Vulcano, Plutón, Neptuno, Prosérpina, etc. Tienen sus atributos, sus lugares de culto por toda la tierra. Además, una pléyade de semidioses, ninfas, sátiros; todavía, una mayor caterva de héroes: Hércules, Teseo, Pirítoo, Prometeo; titanes y gigantes.

Los antiguos deificaban fuerzas de la naturaleza: el Sol, la Luna, la Tierra, la Noche; había dioses-ríos; ninfas de los montes, de los árboles, de las fuentes, de los ríos, de los mares. En fin, todo el complejo mundo de la mitología que los lectores habrán podido conocer de alguna forma por las pinturas del Renacimiento y Barroco, que a buen seguro han debido admirar en museos y galerías de arte. De todo ello se le irá informando a lo largo de la lectura de la obra con las notas.

Asistirá el lector sorprendido a la intervención de los dioses en los asuntos de los hombres y de la tierra; a sus pasiones, idénticas a las de los mortales, pues que a hechura de estos fueron soñados.

Por otra parte, debe estar prevenido respecto a la religión antigua, los ritos, ceremonias, oráculos, prodigios, etc. Virgilio se complace en describir muchas de estas ceremonias, con sacrificios de animales, que varían en especie, tamaño y color según la divinidad a la que se ofrendan. Y verá cómo se quema incienso en sus altares, cómo se celebran banquetes sacrificiales con la carne y grasa de las víctimas, de las que las primicias son ofrecidas a la divinidad; cómo se ejecutan libaciones de vino; cómo se citan múltiples templos con la dedicatoria a los diversos dioses, cómo las ruinas de muchos de esos templos puede el lector moderno hallarlas en el mundo que abarcó el imperio romano, puede verlas en España, en Italia, en Francia, en el norte de África.

En general, toda la obra llamará la atención del lector moderno por el lejano mundo que describe (lejano, incluso para los propios

romanos del tiempo de Virgilio); llamarán su atención las invocaciones divinas; llamará su atención cómo el autor, mientras habla en tercera persona, se vuelve de pronto y sin transición a la segunda, apostrofando al personaje del que habla en ese momento. Sin duda, llamará también la atención al lector moderno un curioso expediente de la épica antigua que consiste en las comparaciones. Ilustran estas los momentos descriptivos, la acción o el pensamiento, parangonándolos a un cuadro detallado que pertenece por lo general al conocimiento común de los hombres. Así, por ejemplo, si un guerrero ataca un fortín sin conseguir penetrar en él, y merodea desesperado a su alrededor, el poeta lo comparará a un lobo que ronda en torno de un aprisco. En el símil el poeta insertará todos los pormenores y circunstancias que en tales suelen tener lugar. El lector encontrará en *La Eneida* 97 casos de estas comparaciones, de longitud variable.

Verá el lector traslucirse en *La Eneida* la organización política, militar y jurídica de la Roma eterna; las jerarquías de poder, la administración, las pompas y honores de la capital del mundo. Y sobre todo advertirá la exaltación de Roma, de Augusto y su estado.

Los doce libros de *La Eneida* se dividen tajantemente en dos mitades de seis y seis libros cada una. La primera mitad narra las peripecias y errar de Eneas hasta su llegada a suelo itálico, por lo que tradicionalmente se identifica esa parte con la *Odisea* de Homero; la segunda parte describe los combates que tienen lugar a su llegada al Lacio, por lo que se le identifica igualmente con la *Ilíada* de Homero. La primera parte dura idealmente unos siete años; la segunda, al parecer, unos pocos días.

Virgilio comienza su obra exponiendo brevemente cuál es el contenido de esta, sin entrar en demasiados detalles; luego, como es preceptivo en el género y habitual en toda la poesía antigua, invoca a las musas, a las que se considera inspiradoras del poema. Se nos revela entonces que una divinidad, Juno, persigue con su odio a Eneas y sus compañeros, escapados de las ruinas de Troya. Ahora bien, la guerra de Troya había sido el tema de la *Ilíada*, y los avatares de los héroes griegos posteriormente a su caída, o mejor dicho, de uno de esos griegos, Ulises, el tema de la *Odisea*. De momento, Juno es la patrona

de Cartago, la ciudad fenicia que andando el tiempo sería la gran rival de Roma, para acabar con la cual harían falta tres guerras. La diosa ve que la flota en que marchan Eneas y sus troyanos sale de Sicilia para dirigirse a la tierra itálica, la tierra prometida por el destino. Llena de ira pide a Éolo, el dios de los vientos, que hunda la escuadra en el mar. Una tremenda tempestad se desencadena, tempestad que Virgilio describe pormenorizadamente, inspirándose en la descrita en la *Odisea*. La escuadra es dispersada; se hunden algunos barcos, y los hombres nadan desesperadamente en el oleaje. Neptuno, el dios del mar, se indigna de que sin su permiso se haya creado revuelo en su reino y calma la tempestad, y Eneas y sus compañeros consiguen llegar a la costa de Libia, cerca de Cartago.

Si Juno es la enemiga encarnizada de los troyanos y lo será hasta casi el final de *La Eneida*, aquellos cuentan, al margen del favor del destino, con una valedora divina, no menos distinguida: Venus, madre de Eneas, precisamente, al que tuvo uniéndose al mortal Anquises. Venus se dirige a Júpiter con lágrimas en los ojos recordándole el destino que su hijo tiene, y que ahora se ve interrumpido con el naufragio. Eneas, acompañado del fiel Acates, se pone a explorar el territorio y se le aparece una bella cazadora, su propia madre disfrazada como tal, que le revela cuál es el lugar donde se hallan: se trata de Cartago, que está fundando Didó, una fenicia que había escapado de su país, por miedo a su hermano Pigmalión, asesino de su marido, Siqueo. Venus le anuncia asimismo que los compañeros y barcos que creía perdidos va a recuperarlos.

Eneas y Acates entran en Cartago, envueltos en una nube. Todo el mundo está allí trabajando. Llegan al templo de Juno, en cuyos muros están pintadas escenas de la guerra de Troya. En tanto, Didó llega al templo a administrar justicia. En esto ve que se le acercan los compañeros de Eneas, que este creía perdidos. Ilioneo expone a la reina su situación: han perdido a su rey Eneas; le piden que les dé medios para volver a Sicilia, donde el rey Acestes, un viejo emigrante semi-troyano, les puede ofrecer hospitalidad. En esto se descubre Eneas, y la reina lo invita a un banquete espléndido. Eneas manda venir a su hijo Ascanio, también llamado Juló, pero Venus envía en su lugar a su

hijo Cupido, o el Amor, transformado con el aspecto de Ascanio, para que enamore a la reina y no haga daño a Eneas. La fiesta se prolonga toda la noche, mientras canta el aedo Yopas; la reina pregunta sobre la caída de Troya y pide a Eneas que le cuente su historia. Así termina el primer libro. De los dos siguientes, el libro II abarca entero la narración de la última noche de Troya, y el III está dedicado a la narración que Eneas hace a Didó de los siete años que los troyanos llevan por mar y por tierra, y a los avatares sufridos durante ese tiempo.

Eneas se resiste a contar la dolorosa caída de Troya: los griegos, atacantes de la ciudad, habían construido un caballo de madera y lo habían dejado en el llano. El sacerdote Laocoonte ruega que no se lo introduzca en la ciudad. Llega en esto un prisionero griego, Sinón, encargado de contar una falsa historia a los troyanos: los griegos se han marchado, pero antes querían sacrificarle a él; se escapó; habían dejado el caballo como exvoto a Minerva, temiendo con todo que los troyanos lo introdujesen en Troya, puesto que en ese caso aquellos dominarían en el futuro a los griegos. Sinón jura que dice la verdad. Se produce entonces un prodigio que invita a los troyanos a creer más en él: dos serpientes salen del mar y asfixian al sacerdote Laocoonte y a sus dos hijos. Ahora bien, Laocoonte les había dicho que no metiesen el caballo en Troya. Los troyanos proceden a introducirlo en la ciudad; mas, ¡ay!, dentro del caballo van griegos armados, entre ellos, el astuto Ulises. Al llegar la noche los griegos salen del caballo. Héctor se aparece en sueños a Eneas y le avisa de que Troya está a punto de caer, que no hay salvación; debe recoger los dioses penates, o dioses patrios de Troya, y partir a toda prisa para fundar una nueva ciudad lejos de allí. Se describen las batallas. Han entrado en el palacio del rey Príamo, al que da muerte Pirro, hijo de Aquiles. Los soldados arrastran a Casandra, hija del rey, y adivina. En un rincón descubre Eneas a Hélena, oculta, la culpable de la guerra. Hélena, en efecto, era una griega, esposa de Menelao, hermano de Agamenón, comandante en jefe de las tropas griegas que asediaban a Troya. Paris, hijo del rey Príamo, la había raptado y se había casado con ella. Los griegos habían venido a Troya a vengar este deshonor. Eneas siente deseos de darle muerte, pero su madre Venus se lo prohíbe: no hay salida

posible, porque los mismos dioses están contribuyendo a la destrucción de Troya: Neptuno, Juno, Palas Atenea (la Minerva romana), el propio Júpiter. Advierta el lector cómo Neptuno y Júpiter contribuyen a la ruina de Troya y después auxiliarán a los troyanos, como ya hemos visto en el libro primero. Eneas debe partir con los objetos del culto, su padre, Anquises, su mujer, Creúsa, y su hijo, Ascanio. Anquises se resiste primero. Por fin arrancan y parten de Troya. Mas Creúsa desaparece, por lo que Eneas vuelve a las ruinas humeantes de Troya y la busca por todas partes. Se le aparece la sombra de su mujer para profetizarle que ella no debe acompañarle, que ha sido convertida en una ninfa, y que él, Eneas, llegará a una tierra llamada Hesperia y fundará una ciudad junto al río Tíber. Allí encontrará otra esposa. Eneas parte y se une a los suyos en las montañas.

Comienza el libro III con la construcción de la flota para hacerse a la mar en busca de la tierra prometida. Van a Tracia, creyendo que ese era el lugar, mas la aparición de la sombra de Polidoro, hijo de Príamo, les hace ver que no era esa la tierra. Reembarcan, y en la isla de Delos el oráculo de Apolo les anuncia que adonde tienen que ir es donde comenzó su linaje; Anquises cree que se trata de Creta. Una peste los echa de allí; los dioses penates revelan en sueños a Eneas que el lugar de destino es Hesperia, es decir, Ausonia y el Lacio (Italia). Suben hacia el Norte; primero, llegan a las islas Estrófades, donde la harpía Celeno predice a Eneas que no encontrarán la ciudad hasta que se vean obligados a comerse las mesas; a continuación, bordean Zacinto, Ítaca, Leucate, Actio. Llegan al Epiro y arriban a Butroto. Aquí unos troyanos desterrados han fundado una falsa Troya con sus ritos y templos. Allí se encuentra el héroe a Andrómaca, la mujer de Héctor, que tras la caída de Troya se vio obligada a casarse con Pirro; muerto este, es ahora la mujer de Héleno, hijo de Príamo, adivino, quien vaticina a Eneas que hallará la tierra prometida cuando vea una cerda que ha parido treinta lechones. Parten del Epiro y costean el golfo de Tarento al sur de Italia, suben hasta el estrecho de Messina, y descienden para rodear la isla de Sicilia, costeándola en todo su contorno. Atrás van quedando el Etna, donde se salvan de la aparición del ciclope Polifemo, episodio similar al que vivió Ulises; luego,

Mégara, el cabo Paquino, al sur, Camarina, Gela, Agrigento, Selinunte, arribando a Trápani, al noroeste de la isla, donde muere Anquises. Aquí termina el libro tercero y la narración retrospectiva de *La Eneida*. La narración enlaza de nuevo en el momento actual donde se había quedado: el palacio de la reina Didó en Cartago.

Didó se enamora de Eneas (libro IV); Juno, en su afán por apartar a los troyanos de Italia, propone a Venus casar a Didó con Eneas; aquella acepta aparentemente con una sonrisa. Se organiza una cacería, y en una cueva donde han buscado refugio al desencadenarse una tempestad, Didó se entrega a Eneas. Cunde el rumor; Iarbas, un rey númida que había pretendido a Didó, monta en cólera. Júpiter envía a Mercurio para que sacuda la pereza de Eneas, recordándole cuál es su destino; no puede seguir en Cartago con la reina; debe partir hacia Italia. Eneas ordena preparar los barcos inmediatamente y en secreto. Didó lo presiente y entre ambos enamorados tiene lugar una escena de despecho amoroso ciertamente impresionante; a la pasión indomeñable de la reina, Eneas, obligado a disimular, responde con frialdad. Didó le injuria; estalla en amargos sollozos y desesperación; se va a su palacio, mas está dispuesta a humillarse e implorar a su infiel amante que se quede siquiera un breve espacio de tiempo más. Eneas no acepta. Didó sufre alucinaciones y decide quitarse la vida. Pide a su hermana Ana que prepare una pira, diciéndole que se lo ha aconsejado una hechicera para curar su mal. La mañana que la flota partía, encaramada en la pira se atraviesa el pecho con una espada, maldiciendo primero a los troyanos. Las consecuencias de dicha maldición se verían más tarde en las tres guerras púnicas.

Comienza el libro V con la llegada de nuevo a Sicilia, al reino de Acestes. Se ha cumplido un año de la muerte de Anquises, y Eneas quiere celebrar el aniversario; primero, con ofrendas y ceremonias religiosas, a continuación, con unos juegos fúnebres en honor del muerto; al igual que en la *Ilíada* Aquiles celebra tales juegos en honor del difunto Patroclo. Los juegos son: regatas, carrera a pie, combate de boxeo, tiro al arco y un desfile a caballo. Mientras tienen lugar los juegos, por instigación de Juno, las mujeres troyanas incendian las naves, que se salvan gracias a una lluvia providencial. El viejo Nautes

aconseja a Eneas que deje en la isla a las mujeres, niños y ancianos y parta con la juventud hacia Italia. De noche, la sombra de Anquises advierte a Eneas de que al llegar a tierra itálica debe visitar a la Sibila de Cumas, que le abrirá las puertas del mundo de las sombras. Acestes consiente en que los que se queden funden una ciudad que traza el propio Eneas. Zarpa la flota y el dios Neptuno promete bonanza; solo se cobra una víctima: el piloto Palinuro que se ahoga en el mar. Eneas empuña el timón.

Se abre el libro VI con el desembarco en Cumas, ciudad de la costa napolitana, en cuya acrópolis están los templos de Apolo y Diana. Eneas busca a la Sibila. Apolo por boca de su sibila predice a Eneas guerras sangrientas en el Lacio: encontrará ayuda en una ciudad griega precisamente. El héroe pide a la Sibila que le conduzca al mundo infernal, a lo que ella se pliega con la condición de que entierre primero al trompetero Miseno, que ha muerto y se halla insepulto, y encuentre la rama de oro. Se prepara la ceremonia fúnebre con todo lujo de detalles; Eneas busca y encuentra con la ayuda de dos palomas (aves de su madre Venus) la rama de oro, y durante toda la noche sacrifica víctimas negras a las deidades infernales. Al amanecer, un temblor de tierra les advierte de que está abierta la puerta del Averno. Eneas y la Sibila descienden al reino de las sombras (imitación ahora de la *Nékuia* a la que asiste Ulises en el libro XI de la *Odisea*) por parajes siniestros, y salen al río Cocito, en que la multitud de almas espera a que Caronte las pase por el río. Pasan Eneas y la Sibila, para atravesar distintas regiones: primero una especie de Limbo, en el que se hallan los niños, los inocentes condenados injustamente, los suicidas; luego, las víctimas del amor, entre las cuales aparece Didó, a la que Eneas habla, sin que ella se digne responderle: vive ahora con su antiguo esposo Siqueo. Vienen los guerreros muertos en acción de guerra: los héroes griegos, y también Deífobo, otro hijo de Príamo, tercer esposo de Hélena, al que habían mutilado atrocemente Menelao y Ulises. La Sibila mete prisa al héroe y pasan al lado del lugar de los tormentos, de donde llegan escalofriantes alaridos. Por último, depositan la rama de oro. Llegan a la parte que podíamos denominar cielo, unas praderas felices en las que los bienaventurados juegan, cantan

y danzan: allí están los héroes, los poetas, los grandes hombres y los bienhechores de la humanidad. También hay almas que revolotean en torno al río del olvido, el Lete, esperando que pasen mil años para volver a un nuevo cuerpo. Anquises le revela a Eneas el futuro glorioso de sus descendientes desde el albano Silvio, hasta Marcelo, el hijo de Octavia, hermana de Augusto, muerto en plena juventud. El viejo Anquises acompaña a Eneas hasta la puerta de los sueños, por donde el héroe sale y se junta con su flota.

Con el libro VII se inicia la segunda parte de *La Eneida*, de bien distinta naturaleza, como ya hemos apuntado. Muere la nodriza de Eneas, Gaeta, que dará nombre a un lugar, al igual que antes Palinuro y Miseno. Parte hacia el norte; por la mañana llegan a la desembocadura de un río, el Tíber, donde desembarcan. Virgilio invoca a la musa Erató para que le inspire ahora que va a narrar las guerras en el Lacio. El rey Latino tenía una hija, Lavinia, cuya mano había pedido Turno, rey de los rútuos, pero diversos portentos predican que está reservada para Eneas; el rey acude a consultar el oráculo de su padre, Fauno. En la playa los troyanos comen unas tortas hasta el borde mismo, con lo que se cumplía la predicción de comerse las mesas (dada la similitud entre tortas y mesas) y comprueban que han llegado por fin al final de su viaje. Eneas envía una embajada a Latino, quien les ofrece su hospitalidad y amistad. Se intercambian regalos entre los embajadores y el rey, que sin embargo está preocupado con el oráculo. Juno, por su parte, decide encender la guerra, creando enemistad entre los troyanos y los latinos. La furia Alectó embruja a la reina, Amata, que defiende el matrimonio de su hija con Turno, y organiza una bacanal en los montes a la que atrae a las mujeres latinas. Asimismo, Alectó visita a Turno para exhortarlo a la guerra contra Eneas. Los rútuos se ponen en pie de guerra. En una cacería Ascanio mata una cierva de un mayoral de Latino; se traba una primera escaramuza. Turno exige a Latino que declare la guerra a los troyanos; el viejo rey se resiste y suelta las riendas de los acontecimientos. La guerra es inevitable. El poeta pasa revista de los principales jefes itálicos: Mecencio, con su hijo Lauso; Aventino, Céculo, Mesapo, con un contingente del sur de Etruria; Clauso; Haleso; Ébalo, que viene de la Campania; Ufente, que

manda a los ecuos; Umbrón, a los marsos; Virbio, hijo de Hipólito; y por último, a estas fuerzas se une el propio Turno, con sus rútuos, al tiempo que la heroína Camila, con la caballería volsca. Aquí se imita el famoso catálogo de las naves del canto II de la *Iliada*.

La guerra empieza al inicio del libro VIII; los rútuos envían una embajada al griego Diomedes, héroe de la guerra de Troya, asentado en suelo itálico, para que se una a ellos contra Eneas. Mientras este duerme se le aparece el dios-río Tíber, que le reafirma respecto al lugar donde ha llegado, le indica que busque la alianza con el rey arcadio Evandro, y que se concilie el favor de Juno. Tras encontrar a la cerda con sus treinta lechones, los sacrifican a Juno y emprenden la navegación por el Tíber en busca de Evandro, al que encuentran realizando un sacrificio, junto con su hijo Palante. El rey arcadio acepta la alianza, recuerda una vieja amistad con Anquises y le narra parte de la historia de la vieja Roma, pues el arcadio tiene su ciudad, el Palanteo, en lo que más tarde sería una de las siete colinas de Roma, el Palatino. Le cuenta la historia de Hércules, al que se realizan sacrificios acto seguido, y, en el viaje a la ciudad, le narra detalles de la topografía de Roma: la puerta Carmental, el Asilo, el Capitolio y el Foro. Esa noche Venus pide a Vulcano, su divino esposo, que fabrique unas armas para Eneas, lo cual se lleva a efecto por medio de los ciclopes.

Evandro comunica a Eneas que dispone de pocos efectivos, pero que puede garantizarle la ayuda de los etruscos, así como la intervención de su propio hijo, Palante, con unas pocas tropas propias. Eneas se dispone a partir para el campamento etrusco, para ponerse al frente de esas tropas. Evandro se despidió compungido de su hijo Palante, y el héroe recibe las armas celestiales que le dejan maravillado, en especial el escudo, en que había representadas varias escenas sobre la vida de la nación romana: Rómulo y Remo con la loba, el rapto de las sabinas, Manlio en el Capitolio sorprendido por los galos, Catilina en el Tártaro y Catón en el Elíseo o cielo, el mar y la batalla de Actio, y la victoria de Augusto en dicha batalla. Con la descripción del escudo de Eneas termina el libro octavo. En este motivo del escudo y sus leyendas Virgilio sigue igualmente el ejemplo de Homero con el escudo de Aquiles.

Durante la ausencia de Eneas, Turno ataca el campamento troyano, situado, como ya sabemos, en la desembocadura del Tíber. Iris, la diosa mensajera de los dioses, se lo anuncia a Turno. Los troyanos se resisten a salir a campo abierto. Turno intenta quemar las naves, pero la madre de los dioses, Cíbele, convierte a aquellas en ninfas del mar. Turno piensa entonces que los dioses dejan atrapados a los troyanos en el campamento sin la escapatoria del mar. En torno del campamento se monta la guardia de noche: los rútuos asedian, los troyanos vigilan. Dos jóvenes, Niso y Euríalo, deciden enlazar con Eneas en el Palanteo, atravesando las fuerzas rútuas; los generales les dan permiso, y Ascanio promete a Euríalo atender a su madre en su ausencia. Los jóvenes hacen una matanza en el campamento de los rútuos que se hallan durmiendo embriagados; parten con el yelmo de Mésapo. Son descubiertos por un destacamento que llega al amanecer, a cuyas manos perecen. Después los enemigos clavan sus cabezas en lanzas y las muestran delante del campamento troyano; la madre de Euríalo se desmaya ante la noticia. Los rútuos atacan hasta que dos troyanos abren las puertas, preparándose para salir. Turno penetra y queda atrapado en el interior del campamento en el que ejecuta una espantosa carnicería, hasta que reaccionan los troyanos y lo obligan a salvarse arrojándose al río, de donde vuelve a unirse con los suyos.

Igual que Homero en los libros ocho y veinte, por ejemplo, de la *Iliada*, Virgilio abre el décimo de *La Eneida* con una asamblea de los dioses, convocada por Júpiter para poner fin a la guerra y a las rivalidades que median entre algunos de los celestiales. Venus ruega a Júpiter que, si así lo desea, muera Eneas, pero que le deje vivo a Ascanio y que los troyanos se establezcan de nuevo en las ruinas de Troya. Juno responde que ella tiene derecho a defender a los suyos. Los discursos constituyen una pieza oratoria al estilo romano. Júpiter interviene afirmando que cada hombre tiene su destino y fortuna y nadie debe interferir en ello.

Eneas, que se ha atraído la alianza de los etruscos con Tarcón a la cabeza, regresa en busca de sus seguidores. Sigue un pequeño catálogo de ciudades etruscas que contienden a favor de Eneas, así como de los principales paladines etruscos: Másico, Abante, Asilas; Ástur,

Ciniras, Cupavo y Ocno. Las naves de Eneas transformadas en ninfas se presentan ante el héroe para animarlo; Eneas implora a Cíbele y se dispone a atracar, mientras Turno trata de sorprenderlo en el desembarco. Se narran las hazañas y matanzas de Eneas, Clauso, Haleso y Mesapo. En otro lugar del campo de batalla, Palante ejecuta una matanza entre el enemigo, hasta que traba combate singular con Turno, quien le da muerte y entrega el cadáver para que lo entierren, aunque quedándose con su cinturón, hecho que más adelante tendrá terribles consecuencias. Eneas libera a los troyanos. Juno, para librar a Turno de una muerte inminente, hace una figura fantasmal de Eneas con la que engaña al campeador rútilo, sacándolo del combate. Hazañas de Mecencio que da muerte a muchos héroes. Cuando Eneas va a darle muerte interviene el hijo de Mecencio, Lauso, que salva de momento a su padre, muriendo él en el combate con Eneas. Al enterarse Mecencio sale al encuentro de Eneas y muere asimismo a sus manos.

El libro XI se inicia con la erección de un trofeo a Marte por la victoria sobre Mecencio y la preparación para marchar contra el Lacio, mientras se da sepultura a los muertos. Se prepara una procesión fúnebre para despedir el cadáver de Palante, al que Eneas dice el último adiós. Los latinos piden mediante una embajada una tregua para enterrar a sus muertos; Eneas la concede, y un latino principal, Drances, muestra su enemistad frente a Turno, con el que propone Eneas un combate singular para terminar la guerra. Evandro se entera de la muerte de su hijo y, desesperado, pide a Eneas venganza. Los troyanos queman sus muertos con los ritos tradicionales, al igual que hacen los latinos. Surgen dos bandos entre los latinos: los que atacan a Turno, y los que lo defienden. Vuelven los embajadores enviados a Diomedes, que, harto de guerras, se ha negado a ayudarles, al tiempo que invita a los rútilos y latinos a atraerse a Eneas. Latino propone, entonces, conceder a los troyanos una parte del reino o proporcionarles naves para que se marchen. Drances, el enemigo de Turno, ataca a este duramente e invita a Latino a que ofrezca su hija a Eneas. Responde violentamente Turno, ofreciéndose a acabar con Eneas. Sueña la alarma: Eneas avanza sobre la ciudad. Turno se prepara a salirle al encuentro. Acuerda con Camila que ella frene a los etruscos

que avanzan por el llano, mientras él va a tenderle una emboscada a Eneas en las montañas. Opis protege a Camila por orden de Diana; la caballería rútila y troyana entablan combate. Hazañas de Camila que da muerte a muchos troyanos y aliados. Hazañas de Tarcón. Arrunte mata a traición a Camila, a la que da cumplida venganza Opis, eliminando a Arrunte sin que nadie hubiese sabido que era el autor de la muerte de la heroína. Derrota de los rútilos que regresan a la ciudad. Enterado Turno, levanta la emboscada y regresa aprisa; Eneas pasa inmediatamente detrás.

El libro XII y último gira en torno a Turno y su combate con Eneas, que acuerdan para el día siguiente. Mas Juno exhorta a la ninfa Juturna, hermana de Turno, para que invente alguna treta y salve a su hermano. Eneas y Latino se ponen de acuerdo sobre las condiciones del combate: si vence Turno, los troyanos se marcharán; pero si vence él, se unirán los troyanos y los latinos. Juturna excita a los rútilos a romper el pacto; el augur Tolumnio lanza una jabalina y mata a un contrario, con lo que se reanuda el combate. Una flecha hiere a Eneas que se retira del combate, con lo que Turno se desata en una brutal carnicería. Venus cura milagrosamente la herida de Eneas, que se reintegra a la batalla, buscando solo a Turno, al que su hermana Juturna, que conduce su carro, lo va apartando del troyano. Matanza de Eneas. El campeador troyano dirige sus fuerzas contra la ciudad, a instigación de su madre divina. La reina Amata se suicida. Turno se prepara para afrontar su destino. Empieza el combate singular; se parte la espada de Turno, que era la de su auriga Metisco y que había tomado por error; el héroe rútilo sale corriendo. Eneas recoge su lanza, mientras que Turno consigue por fin su propia espada y vuelven a la pelea. Diálogo entre Júpiter y Juno, en el que esta consiente finalmente abandonar a su suerte a Turno, a cambio de que los troyanos no impongan su nombre al Lacio, y este mantenga el nombre. Júpiter manda una furia para apartar a Juturna de su hermano: la suerte de este estaba echada. En la prosecución del combate Eneas hiere a Turno en un muslo con la lanza, y este implora al troyano. Eneas vacila, hasta que ve el cinturón de Palante en los hombros de Turno y, encendido en justa cólera,

asesta el golpe fatal. La vida de Turno huyó a las tinieblas, que es el final de *La Eneida*.

La epopeya de Eneas persigue un fin, probablemente impuesto por Augusto: servir a la Restauración que el príncipe romano se propuso llevar a cabo en el Imperio cuando se quedó como señor absoluto. De este modo, *La Eneida* constituye un monumento de glorificación del Estado romano. Roma es la protagonista del comienzo al final de la obra, que es toda una anticipación del glorioso Futuro romano. El héroe Eneas aparece como un instrumento ciego de los dioses; no parece que sea el héroe típico de la épica, por otra parte.

Carácter vacilante, ambiguo, frío, Eneas no despierta simpatía alguna en ningún momento. De todas maneras, lo más chocante es la gran frialdad de su creador, Virgilio. En la forma como Eneas parece respetar la tradición, las costumbres, las leyes, la religión, la razón de Estado, se revela en último término el carácter de una personalidad autoritaria y represora, a la que se une, como contrapartida, una actitud lacrimosa y sentimental: es de notar, en efecto, cómo frente a la dureza e impassibilidad del héroe Eneas, por doquier manan las lágrimas por fútiles motivos, al parecer meramente sentimentales.

Ahora bien, en ese defecto de carácter del héroe se abre una gran puerta al ataque del mismo héroe y del monumento épico, que sobre él parece sustentarse: una especie de venganza del melancólico Virgilio, como si el poeta nos estuviese diciendo que así son las cosas, que el poder es un castillo de arena, expuesto con suma fragilidad a cualquier vendaval, sujeto a ser derribado, como acontece cada día, por un niño que juega en la playa, con lo que contradice al mismo tiempo esa soberbia grandeza y fastuosidad del poema.

Por otra parte, al lector moderno puede producirle un cierto mal gusto la facilidad excesiva que se concede a la causa de los troyanos, es decir, a la causa de Roma; tanta protección divina, tanto augurio, tanto oráculo a favor de Eneas, que le guía como la estrella de Belén; tanta piedad en tan impío carácter, por un lado; tanta maldad, tanta desventaja, en el bando contrario, por la otra. ¿Y cómo no ha de vencer aquel a quien el Destino ha elegido para dar comienzo a la raza romana? ¿Cómo no ha de llegar a Roma si los dioses le están continuamente

indicando el camino, si calman la mar, si Venus lo envuelve en su maternal nube cada vez que hace falta? ¿Cómo no ha de vencer Eneas a Turno, si posee aquellas armas que le fabricó el dios Vulcano, si a Turno, como a un enfermo desahuciado, lo abandonan los mismos dioses? Pero, en fin, quizá sean estas consideraciones excesivamente humanas, que posiblemente solo en parte tienen que ver con el poema. Y, sin embargo, también llama Virgilio a Eneas cruel, y sabe poner de relieve la valentía y el amor de sus enemigos: Mecencio, personaje que, a mi parecer, es de lo más llamativo y turbador, dibujado como está con unos cuantos rasgos extremos: su extraordinaria crueldad, por un lado, manifestada en la brutalidad y salvajismo con que siendo rey de los etruscos se ganó el odio general de sus compatriotas, y, por el otro, el tierno e ilimitado amor por su hijo Lauso. Y, simultáneamente, queda caracterizado por otro par de rasgos: desprecia a los dioses, cosa que el guerrero recuerda cuando se halla con la espada de Eneas apuntándole a la garganta, así como que no teme a la muerte, y al mismo tiempo acaba de dirigirse a su caballo Roebo, viejo compañero de mil batallas, al que anima a sucumbir con él en la última pelea: no estaría bien, en efecto, que él, su caballo, aceptase otros dueños. Así como en otros personajes: Lauso, Camila, el propio Turno, enamorado de Lavinia. Si Eneas parte de Cartago, bien que lo sintió, y el impresionante amor de Didó lo acusará eternamente. Mas nuestra indignación vuelve otra vez si recordamos a los jóvenes Niso y Euríalo, mandados a morir gloriosamente e invocados como dichosos por haber muerto matando enemigos. Mas Eneas se enternece una vez a lo largo del poema: cuando el joven Lauso cae herido de muerte por la espada del héroe, al contemplar éste su cara pálida tiende hacia él la mano y le habla, y, lleno de desesperación, parece querer devolverle la vida.

Pone la crítica de relieve la hábil composición del poema. Su alternancia rítmica en libros y episodios, en partes rápidas y partes morosas y lentas. Si pensamos, por otra parte, en libros independientes: el II no es sino una puesta en escena de una tragedia romana apuntalada en sus mínimos detalles; el IV, que describe el amor de Didó, es igualmente otra tragedia con las partes que las caracterizan; el VI es un ensueño mágico, escalofriante.

¿Qué decir de las escenas de combate? ¿Qué del arte oratorio de los parlamentos? Habría que poner de relieve asimismo la atención minuciosa que este campesino del Norte de Italia prestaba al mundo exterior: el color y el sonido de las cosas están omnipresentes en su obra; la exactitud y precisión en la descripción de los lugares naturales es asimismo considerable. El miedo y el terror planean por *La Eneida* de cabo a cabo: las serpientes aparecen en *La Eneida* con frecuencia, como si se tratase de alucinantes visiones del propio poeta, y símbolo de lo absolutamente, inevitablemente, desconocido.

Diríase que cada palabra ha sido medida y ponderada largamente. Y, sin embargo, los numerosos versos truncos o incompletos que salpican el original parece que son índice de lo que decíamos más arriba respecto a la no terminación de la obra, así como algún que otro detalle que solo al estudio detenido y microscópico se hacen perceptibles.

La influencia de *La Eneida* ha sido naturalmente inmensa; mientras Virgilio la escribía, Augusto le pedía insistentemente los fragmentos que iba componiendo. El poeta Propercio saluda su aparición (esto es, el conocimiento de que Virgilio la estaba escribiendo, porque ya sabemos que murió sin darle la última mano y él, lógicamente, no la vio publicada; serían Tuca y Vario, por orden de Augusto, los que llevarían a cabo la publicación, con permiso para suprimir alguna cosa si les parecía, pero con orden de no añadir absolutamente una palabra) con la frase: «Algo más grande que *La Ilíada* está naciendo». En el siglo I de nuestra era los escritores latinos épicos Silio Itálico y Estacio la tuvieron por espejo en que mirarse continuamente; en la Edad Media, Dante la tomaría como modelo para su *Divina Comedia*, en la que el protagonista es precisamente Virgilio. La épica moderna, *Os Lusíadas* de Luis de Camoens, la *Araucana*, de nuestro Don Alonso de Ercilla, el *Paraíso Perdido*, de Milton, etc., hallarían su modelo en ella. En general, podría afirmarse que la literatura de Occidente es otra cosa después de ella.

Toda traducción es generalmente una traición; además, si como es el caso de *La Eneida*, la obra está escrita en verso, la traición aumenta comprensiblemente. Todavía es de advertir que la lengua de Virgilio es variada y rica, llena de matices y de resonancias que solo se

advierten en el original. Podemos mantener en la traducción los distintos nombres, pongamos por caso, con que el poeta llama a los troyanos o la ciudad de Troya, o a los griegos, que serán, además, argivos, aqueos, argólicos, etc. Pero ¿cómo reflejar las doce o catorce formas diferentes que emplea Virgilio para la noción de «decir» o «hablar»? Solo podemos decir que hemos intentado que la traducción sea, como mal menor, una traducción, es decir, que no sea una interpretación, una refundición, una reelaboración, o cosas por el estilo. Como norma hemos procurado fundamentalmente recoger, cuando menos dentro de lo posible, el movimiento sintáctico del original.

LIBRO I

Canto las armas y al héroe que llegó primero de las riberas de Troya a Italia y las costas de Lavinio¹ desterrado en razón de su destino, después de salir incesantemente malparado en la tierra y en el mar por la violencia de los dioses, la cólera de la cruel Juno² que no olvidaba, y de sufrir mucho asimismo en la guerra, hasta fundar la Ciudad e introducir los dioses en el Lacio³, de donde provienen la raza latina y los padres albanos y las murallas de la alta Roma.

Cuéntame, Musa, las causas: por haber ofendido qué privilegio suyo o doliéndose de qué, la reina de los dioses empujó a un héroe distinguido por su piedad a rodar en medio de tantos avatares, a pasar tantas calamidades. ¿Tan grande es la cólera de los espíritus celestes?

Había una ciudad antigua (la habitaban colonos de Tiro)⁴, Cartago, enfrente de Italia y, a lo lejos, de la desembocadura del Tíber,

¹ Ciudad fundada por Eneas en el Lacio en honor de su esposa Lavinia, hija del rey Latino.

² Diosa, hermana y esposa de Júpiter, caracterizada en la Eneida por su odio a los troyanos.

³ Región de Italia habitada por los latinos donde luego se asentaría Roma y también Albalonga.

⁴ Ciudad costera de Fenicia.

rica en recursos y muy violenta por su afición a la guerra. Se dice que Juno, anteponiéndola a Samos⁵, la había habitado a ella sola más que al resto de las tierras. Allí estaban sus armas, allí, su carro. Ya entonces pretende la diosa y abraza la esperanza de que ésta sea la reina de las naciones, si es que los hados lo permiten. Pues es el caso que tenía noticias de que crecía una rama de sangre troyana que andando el tiempo destruiría a los alcázares tirios. De allí vendría un pueblo muy dominador y orgulloso en la guerra, para destruir a Libia⁶: así lo iban hilando las Parcas⁷.

Temerosa de esto la hija de Saturno, y acordándose de la pasada guerra, que ella en primer término había hecho al pie de Troya en favor de su querida Argos⁸ (y todavía no se habían borrado de su alma los motivos de la cólera y el cruel resentimiento: sigue clavado en el fondo de su corazón el juicio de Paris⁹ y la injusticia de que hubiese despreciado su belleza, y la raza odiada, y el honor de haber arrebatado a Ganimedes¹⁰), encendida con estas razones, además¹¹, apartaba lejos del Lacio, maltratándolos en todo el mar, a los troyanos, restos de los dánaos y del sanguinario Aquiles¹², y llevaban errantes muchos años, perseguidos por el destino, de uno en otro mar. Tan gran esfuerzo requería fundar la estirpe romana.

Apenas izaban felices velas a alta mar, a la vista de la tierra siciliana, y surcaban con las quillas la espuma marina, cuando Juno, que guardaba en el pecho una herida eterna, se puso a pensar: «¿Que yo tenga que desistir de mi propósito, dándome por vencida, y no pueda

⁵ Isla del mar Egeo frente a la costa de Asia Menor.

⁶ Parte septentrional de África.

⁷ Divinidades del destino. Son tres hermanas, hilanderas, que limitan el destino de los hombres a su antojo.

⁸ Nombre poético de Grecia.

⁹ Elegido como juez para decidir sobre la belleza de Venus, Juno y Minerva, le dio el premio a Venus.

¹⁰ Héroe troyano arrebatado por el águila de Júpiter que lo llevó al Olimpo.

¹¹ * Con este relativo cambio de construcción en el original.

¹² Héroe griego famoso en la guerra de Troya.

apartar de Italia al rey de los teucros¹³? De manera que me lo impiden los hados. ¿No pudo Palas quemar la escuadra argiva y sumergir a sus hombres en el mar por culpa de uno solo, la locura de Áyax¹⁴, hijo de Oileo? Ella misma, lanzando desde las nubes el fuego arrebatado de Júpiter, dispersó las embarcaciones y revolvió el mar con los vientos; a él, que respiraba llamas de su pecho atravesado, lo agarró en un remolino y lo incrustó en un agudo escollo. En cambio yo, que me tengo por reina de los dioses, esposa y hermana de Júpiter, libro batalla tantos años con un solo pueblo. ¿Es que alguien va a implorar en lo sucesivo la protección de Juno o va a depositar sus ofrendas en los altares para suplicarme?»

La diosa, revolviendo consigo misma en su encendido corazón tales pensamientos, llegó a Eolia¹⁵, la patria de las tempestades, un lugar preñado de austros furiosos. Aquí, en una vasta cueva, el rey Éolo contiene con su autoridad y refrena con ataduras y prisiones a los vientos rebeldes y a las tempestades sonoras. Ellos mugen indignados con intenso murmullo en las cárceles del monte. Éolo está sentado con el cetro en la elevada fortaleza, y suaviza sus ímpetus y apacigua su rabia. Porque de no hacerlo se llevarían consigo arrebatadoramente y barrerían por los aires los mares y las tierras y el cielo profundo. Pero el Padre Todopoderoso, temiendo esto, los encerró en cuevas negras, colocando encima la mole de elevados montes, y les dio un rey que supiese, según leyes fijas y según sus órdenes, darles rienda suelta o tirar de ella. En esta ocasión Juno hizo uso de estas palabras en su presencia para suplicarle:

«Éolo (pues que a ti te ha concedido el padre de los dioses y rey de los hombres apaciguar las olas o levantarlas con el viento), un pueblo, enemigo mío, navega por el mar Tirreno, transportando a Italia

¹³ Troyanos.

¹⁴ Otro héroe griego de la guerra de Troya.

¹⁵ Residencia de Éolo, dios de los vientos.

Ilión¹⁶ y los penates¹⁷ vencidos; imprime fuerza a los vientos y hunde las naves, aplástalas; o dispérsalos en distintas direcciones y disemina sus cuerpos por el mar. Tengo catorce ninfas de singular figura; la más hermosa de ellas, Deiopea, la uniré a ti en matrimonio estable y te la asignaré por propia, para que por tal servicio pase contigo toda su vida y te haga padre de hermosa descendencia».

Éolo le replicó con esto: «Tarea tuya es, reina, averiguar lo que de-seas; lo que a mí me permiten las leyes es cumplir las órdenes. Tú me procuras este reino, cualquiera que sea su alcance, tú, el cetro y la simpatía de Júpiter, tú me facilitas sentarme en el banquete de los dioses y me granjeas el poder sobre las nubes y las tempestades».

Cuando dijo estas palabras, echó a un lado el hueco monte con la punta de la lanza; y los vientos, como un batallón en orden de combate, se abalanzan por donde les abren la puerta y empiezan a soplar sobre la tierra como un huracán. Se abatieron sobre el mar, y a una lo remueven todo de su profunda base el Euro¹⁸ y el Noto¹⁹ y el Ábrego²⁰, fecundo en tempestades, y hacen rodar vastas olas a la costa. Se sucede el clamor de los hombres y el crujir de las jarcias. Las nubes quitan al instante de los ojos de los teucros el cielo y el día; una noche negra se cierne sobre el mar. Retumbaron los polos y el firmamento resplandece con continuos relámpagos y todo porfía por traer la muerte inmediata a los hombres. A Eneas al punto se le abren las carnes de miedo. Da un suspiro, y extendiendo a las estrellas las palmas de sus dos manos, se expresa en tales términos:

«¡Oh, felices tres y cuatro veces, quienes tuvieron la suerte de morir al pie de las altas murallas de Troya ante la cara de sus padres! ¡Oh hijo de Tideo²¹, el más esforzado del pueblo de los dánaos! ¿Que no haya podido yo sucumbir en la llanura de Ilión y perder mi vida a tus

¹⁶ Troya.

¹⁷ Dioses romanos del hogar y del estado.

¹⁸ Viento del sudoeste.

¹⁹ Dios del viento sur.

²⁰ Viento muy cálido procedente de África.

²¹ El hijo de Tideo es Diomedes.

manos, donde yace el cruel Héctor, alcanzado por la lanza del Eácida²², donde el corpulento Sarpedón²³, donde el Simunte²⁴ arrastra, engulléndolos bajo sus aguas, tantos escudos y yelmos y cuerpos de héroes valientes?».

Mientras profiere tales palabras, el vendaval, mugiendo con el Aquilón²⁵, golpea de frente el velamen y levanta las olas a las estrellas. Los remos se parten; luego, vira la proa y ofrece el costado a las aguas; se sucede una montaña escarpada de agua con toda su masa. Unos flotan en la cresta de la ola; a otros, el agua, al retirarse, les descubre la tierra entre el oleaje. La marea se embravece con la arena. El Noto agarra tres naves y las estrella contra las rocas invisibles (las rocas en medio de las olas que los ítalos llaman «Altares», descomunal espinazo en la superficie del mar); el Euro arrastra tres de alta mar a la zona de bajura de las sirtes (espectáculo digno de compasión) y las encalla en los bajíos y las cerca con un banco de arena. A una que transportaba a los licios²⁶ y al fiel Orontes²⁷ la golpea de arriba abajo una gran masa de agua ante sus propios ojos. El piloto es desplazado y cae de cabeza dando vueltas boca abajo. A la nave, a su vez, la hace girar el oleaje tres veces, impulsándola circularmente en el mismo sitio, y un rápido remolino de agua la engulle. Aparecen nadando hombres dispersos en el vasto abismo, armas de los héroes, y pinturas, y el tesoro de Troya entre las aguas. Ya la tempestad había vencido la resistente nave de Ilioneo; ya, la del valiente Acates, y en la que iba Abante y en la que el provector Aletes²⁸. Con el ensamblaje de los flancos aflojado todas reciben el agua enemiga, y se les abren rendijas.

²² Aquiles, hijo de Peleo y nieto de Éaco.

²³ Troyano con un importante papel en la guerra de Troya. Muere a manos de Patroclo.

²⁴ Río de las llanuras troyanas.

²⁵ Viento del norte.

²⁶ Licia es una provincia de Asia Menor.

²⁷ Compañero de Eneas que capitaneaba a los licios.

²⁸ Acates, Abante y Aletes, compañeros de Eneas.

Entretanto Neptuno²⁹, gravemente afectado, se dio cuenta de que el mar se agitaba con gran murmullo y que se había desatado la tempestad y que el agua retrocedía en el abismo profundo; y echando un vistazo desde abajo, sacó su apacible cabeza por encima del agua. Ve la escuadra de Eneas dispersa por todo el mar, a los troyanos aplastados por las olas y el aluvión del cielo, y no engañaron al hermano el ardid y la cólera de Juno. Llama a su presencia al Euro y al Céfiro y les dice a continuación lo que sigue: «¿Tanta confianza tenéis en vuestro linaje? ¿Ya os atrevéis, vientos, a agitar sin mi consentimiento el cielo y la tierra, y levantar tan grandes moles? ¡Yo a vosotros...!»³⁰ Pero más vale arreglar las olas removidas. En otra ocasión me pagaréis lo que habéis hecho con un castigo bien diferente. Daos prisa a huir y decid esto a vuestro rey: “No ha sido a él sino a mí a quien el sorteo ha dado el imperio sobre el mar y el terrible tridente³¹. Él manda en las rocas descomunales, vuestras casas, Euro; que Éolo se pavonee en aquella corte y reine en la cárcel cerrada de los vientos.”»

Así habla, y antes de lo que se tarda en decirlo calma el mar revoltoso y ahuyenta las nubes que se habían juntado y hace volver el sol. Cimótoe³² y Tritón³³ haciendo fuerzas a un tiempo, sacan las naves de los escollos agudos; él las levanta con el tridente, y les da salida de las vastas sirtes, y templá el mar; y con ligero rodar se desliza por la superficie de las aguas. Y como cuando tantas veces surge un levantamiento en una gran población y los ánimos de la muchedumbre anónima se envenenan, y ya vuelan las antorchas y las piedras (la locura suministra armas), luego, si acaso vislumbran un señor respetable por su piedad y su prestigio, guardan silencio y se ponen a su lado con los oídos atentos; él encauza los ánimos con sus palabras y apacigua los corazones: así decayó todo el estruendo del piélagos, después que el

²⁹ Dios del mar, hijo de Saturno.

³⁰ * Esta interrupción expresiva se denomina en la Retórica antigua *aposiopesis*.

³¹ Atributo de Neptuno.

³² Una de las Nereidas.

³³ Dios marino, hijo de Neptuno.

padre, mirando el mar y paseándose bajo el cielo despejado, guía los caballos y les da rienda suelta volando con el rápido carro.

Los compañeros de Eneas, agotados, se esfuerzan por llegar a la carrera al cercano litoral, y se dirigen a las riberas de Libia.

Hay un sitio recogido en una profunda bahía; una isla forma un puerto con sus laderas, en las cuales rompe todo el oleaje de alta mar y se reparte en ensenadas remansadas. A uno y otro lado amenazan el cielo enormes rocas y dos picachos gemelos, dominadas por cuya altura las aguas guardan silencio seguras en toda su extensión; luego hay encima, como fondo de escena, unas selvas relucientes, y un bosque oscuro cuelga con su sombra espeluznante. En el frente de la fachada hay una cueva de estalactitas; dentro, agua dulce y sitiales en la roca viva, casa de las ninfas; aquí no se precisan amarras para los sufridos barcos, el ancla no tiene que sujetarlos con sus torcidos dientes.

Aquí entra Eneas con las siete naves que había reunido del número total. Y, desembarcando con gran deseo de tierra, los troyanos toman posesión de la ansiada arena y dejan caer sus cuerpos en la playa, entumecidos por el agua salada. Y, lo primero, Acates hizo saltar una chispa del pedernal y prendió fuego en las hojas y colocó a su alrededor madera seca, y consiguió fuego con esta materia combustible. Luego, sacan el trigo estropeado por el agua y los instrumentos para moler, cansados de pasar fatigas, y se disponen a tostar al fuego el grano recuperado y triturarlo en la piedra.

Entretanto Eneas trepa a un picacho y contempla el panorama a lo ancho del mar, por si ve en alguna parte a Anteo³⁴ arrastrado por el viento y las birremes frigias³⁵, o a Capis³² o las armas de Caíco³² en la elevada popa. Ninguna nave a la vista; en la playa ve errando tres ciervos; toda la manada les sigue detrás, y la larga fila pace por los valles. En este punto se detuvo y agarró con la mano el arco y las veloces flechas, las armas que llevaba el fiel Acates, y abate primero a los

³⁴ Compañeros de Eneas.

³⁵ Relativo a Frigia, parte de Asia Menor donde se hallaba Troya.

propios guías que llevaban alta la cabeza con sus cuernos arbóreos; luego perturba a los restantes y a todo el grupo, acosándolos a tiros entre los bosques frondosos. Y no cesa hasta abatir por tierra victoriosamente siete enormes ejemplares, igualando el número de las naves. Después, se dirige al puerto y los reparte entre todos los compañeros. A continuación, distribuye el vino que había trasegado en toneles el bueno de Acestes³⁶ y les había dado el héroe en la costa trinacria³⁷ cuando se marchaban, y consuela sus corazones entristecidos con estas palabras:

«¡Oh compañeros! (Pues que tampoco somos desconocedores de las desgracias antes de ahora.) ¡Oh vosotros, que habéis sufrido cosas aún más graves! La divinidad pondrá fin también a éstas. Vosotros estuvisteis cerca de la rabia de Escila³⁸ y de los escollos que resonaban profundamente; vosotros habéis sufrido también las pedradas del Cíclope³⁹; recobrad el ánimo y quitaos el triste temor: puede que incluso esto nos agrade recordarlo un día. En medio de múltiples avatares, en medio de tantas situaciones críticas, nos encaminamos al Lacio, donde el Destino nos revela un asentamiento en paz; allí quiere la providencia que resurja el reino de Troya. Aguantad, y reservaos para los tiempos felices».

Tales palabras profiere, y apesadumbrado por las enormes preocupaciones finge esperanza en la cara, en su corazón sofoca un profundo dolor. Ellos se aplican a la presa y a la comida venidera; despellejan los lomos y las costillas y descubren las entrañas. Algunos las cortan en trozos que pinchan temblando en los asadores; otros disponen calderas de bronce en la playa y les prenden fuego. Luego

³⁶ Rey de Sicilia.

³⁷ Sicilia, llamada Trinacria por sus tres promontorios: Peloro, Paquino y Lilibeo.

³⁸ Monstruo marino situado en el estrecho de Mesina, con forma de mujer cuyo cuerpo está rodeado de perros feroces.

³⁹ El cíclope Polifemo, famoso, en la Odisea. Horrible gigante que, furioso por el engaño de Ulises, arrojó contra su barco enormes peñascos sin alcanzarlo.

recobran fuerza con las viandas, y tumbados en la hierba se hartan de vino añejo y de sabrosa carne de ciervo. Así que saciaron el hambre con el banquete y retiraron las mesas, pasan revista en larga conversación a los compañeros perdidos, indecisos entre la esperanza y el miedo, entre creer que siguen vivos o que se hallan en las últimas y ya no oyen que los están nombrando. En especial el justo Eneas ora lamenta para sus adentros la mala fortuna del activo Orontes, ora de Ámico, y el cruel destino de Lico, y al valeroso Gias y al valeroso Cloanta⁴⁰.

Y ya habían llegado al final, cuando Júpiter mirando del alto firmamento el velero mar y las tierras en el suelo y las costas y las anchas ciudades, detúvose en esa actitud en la cima del cielo y clavó sus ojos en los reinos de Libia. Y mientras él da vueltas en su pecho a tales preocupaciones, muy triste y con los ojos brillantes bañados en lágrimas le dice Venus: «Oh tú que gobiernas el quehacer de los hombres y de los dioses con poderes eternos y con tu rayo los atemorizas, ¿qué falta tan grande ha podido cometer contra ti mi hijo Eneas, qué falta los troyanos, a quienes después de haber sufrido tantas calamidades, el mundo entero se les acaba frente a Italia? Tú prometiste por cierto que andando el tiempo, con el paso de los años, de ellos nacerían los romanos, de ellos, de la sangre rediviva de Teucro⁴¹, nacerían los rectores que someterían a su autoridad el mar, que someterían todas las tierras. ¿Qué te hizo cambiar de parecer, padre? Con esto precisamente me consolaba de la caída de Troya y de sus tristes ruinas, compensando el destino adverso con el nuevo destino. El caso es que la misma suerte siguen corriendo los hombres que han sido arrastrados por tantas desventuras.

¿Qué límite pones, gran rey, a sus sufrimientos? Anténor⁴² pudo, escabulléndose de en medio de los aqueos⁴³, pasar seguro por el golfo

⁴⁰ Compañeros de Eneas.

⁴¹ Primer rey de Troya.

⁴² Anciano troyano consejero de Príamo.

⁴³ Habitantes de una región de Grecia al norte de Peloponeso, pero en La Eneida aparece para nombrar a todos los griegos.

de Iliria⁴⁴ y el corazón del reino de los Liburnos⁴⁵ y franquear la fuente del Timavo⁴⁶, desde donde éste, con gran fragor del monte, a través de nueve bocas marcha como un mar desbordado, y con su pié-lago sonoro baña los campos de labor. Él, sin embargo, levantó aquí la ciudad de Pátavo⁴⁷ y el solar de los teucros, y dio nombre a su pueblo, y clavó las armas troyanas; ahora descansa enterrado en plácida paz. Nosotros, que somos descendencia tuya, a quienes concedes el alcázar del cielo, después de perder las naves (¡oh sacrilegio!), se nos abandona por la cólera de una sola persona y se nos aparta lejos de las riberas de Italia.

¿Es ésta la recompensa de nuestro amor por ti? ¿Así nos devuelves el cetro?».

Sonriéndole el sembrador de los hombres y de los dioses con la cara con que serena el cielo y las tempestades, rozó con los labios a su hija, y a continuación le dice lo siguiente: «Ahórrate esos temores, Citerea⁴⁸; el destino de los tuyos permanece inalterable según tu deseo: verás la ciudad y las murallas prometidas de Lavinio, y llevarás bien alto, hasta las estrellas del cielo, al magnánimo Eneas; y yo no he cambiado de parecer. Eneas, según tu deseo (voy a confesártelo, pues, dado que te carcome esa preocupación, y a revolver buscando bien lejos el secreto del destino), hará en Italia una gran guerra y aplastará a sus pueblos bravíos, y dará leyes y murallas a sus hombres, hasta que lo vea reinando en el Lacio el tercer verano y hayan pasado tres inviernos desde la pacificación de los rútuos⁴⁹. Pero es que el niño Ascanio, que ahora lleva el sobrenombre de Julio (Ilo era mientras lo de Troya se sostuvo junto con su reino) cumplirá con su mandato treinta grandes revoluciones con la procesión de sus meses⁵⁰ y

⁴⁴ Región costera del Adriático, hoy Bosnia y Dalmacia.

⁴⁵ Situados entre Istria y Dalmacia.

⁴⁶ Río de Venecia.

⁴⁷ Padua, ciudad de Venecia.

⁴⁸ Epíteto de la diosa Venus, nacida del mar cerca de la isla de Citera.

⁴⁹ Pueblo del Lacio.

⁵⁰ Es decir, treinta años.

trasladará el reino desde el solar de Lavinio y fortificará con gran eficacia Albalonga⁵¹. Ya aquí, el linaje de Héctor reinará tres veces cien años enteros, hasta que Ilia,⁵² la reina sacerdotisa, encinta de Marte⁵³, tenga un parto de dos gemelos. Más tarde, Rómulo, amamantado a las ubres nutricias de una loba pelirroja, se hará cargo de la nación y fundará las murallas de Marte y los llamará romanos por su nombre propio. A éstos no les pongo yo límite ni a su poder ni a su duración; les he concedido un imperio sin fin. Es más, la áspera Juno, que ahora hace sufrir con el terror el mar y las tierras y el cielo, enmendará sus propósitos, y amparará junto a mí a los romanos, dueños de la situación, y a la nación de la toga. Ésta es mi decisión. Tiempo vendrá con el paso de los lustros cuando la casa de Asáraco⁵⁴ someterá a su servidumbre a Ptía⁵⁵ y la ilustre Micenas⁵⁶ y será la dueña de la vencida Argos⁵⁷. Nacerá de la hermosa línea de los troyanos César que llevará las fronteras del imperio hasta el Océano y su fama a las estrellas, llamado Julio, como nombre derivado del gran Julo. En el futuro tú, cargado con los despojos del Oriente, le recibirás despreocupada en el cielo. También a éste se le invocará en las plegarias. Entonces se suavizarán los ásperos siglos con el abandono de las guerras. Darán leyes la canosa Fidelidad y Vesta y Quirino⁵⁸ junto con su hermano Remo. Con hierro y con barras apretadas se cerrarán las maléficas puertas de la guerra. En el interior, el Furor impío, sentado sobre las armas sanguinarias y atado a la espalda con cien nudos de bronce, bramará espeluznado con la boca ensangrentada».

⁵¹ Ciudad muy antigua del Lacio y primer emplazamiento de Roma.

⁵² Frecuente nombre de Rea Silvia, madre de Rómulo y Remo.

⁵³ Dios romano de la guerra.

⁵⁴ Rey de Troya, bisabuelo de Eneas.

⁵⁵ Ciudad de Tesalia patria de Aquiles.

⁵⁶ Ciudad de la Argólida, reino de Agamenón.

⁵⁷ Capital de la Argólida.

⁵⁸ Sobrenombre de Rómulo.

Esto dice, y despacha de lo alto al nacido de Maya⁵⁹, a fin de que las tierras y las nuevas ciudadelas de Cartago abran las puertas de la hospitalidad a los teucros, no fuera que Didó⁶⁰, ignorante del destino, les cerrase sus fronteras. Aquél vuela por la vasta atmósfera con los remos de sus alas, y pronto se plantó en las riberas de Libia. Y ya ejecuta las órdenes, y los cartagineses dulcifican su carácter bravío por voluntad del dios. En especial la reina adopta una actitud mansa para los troyanos y una intención benévola.

Por su parte el justo Eneas, dando vueltas a muchas cosas durante la noche, tan pronto como se le ofreció la luz nutricia, dispone salir y explorar los parajes nuevos, investigar a qué riberas les ha llevado el viento, quiénes las habitan (pues ve las tierras baldías), hombres o alimañas, y comunicar lo descubierto a los compañeros. En un entrante del bosque, bajo una cueva roqueña, encierra y oculta la escuadra entre árboles y sombras espeluznantes. Él se pone a andar acompañado únicamente por Acates, agarrando en sus manos dos lanzas de ancho filo. Su madre le salió al encuentro en medio de la selva con cara y aspecto de una muchacha, y las armas de una muchacha espartana, o como la tracia Harpálice⁶¹ agota a sus caballos y aventaja en velocidad al rápido Hebro⁶². Pues había colgado de sus hombros a la manera habitual de una cazadora el arco manejable, y había dejado flotar al viento su cabello, desnuda hasta la rodilla y con los pliegues volanderos recogidos con un nudo. Y se anticipó a decir: «Eh, jóvenes, indicadme si por casualidad habéis visto dando vueltas por aquí a alguna de mis hermanas con el carcaj auestas y la piel de un lince moteado, o levantando a gritos de su madriguera un jabalí cubierto de espuma».

⁵⁹ Mercurio, el emisario de los dioses, fue engendrado por Maya.

⁶⁰ Reina de Cartago.

⁶¹ Heroína tracia, hija del rey Harpálico y educada por éste en el manejo de las armas.

⁶² Río de Tracia.

Así dijo Venus; y a su vez el hijo de Venus empezó de esta manera: «No he oído ni visto a ninguna de tus hermanas. ¡Oh!... ¿Cómo llamarte, muchacha? Pues no tienes cara mortal, ni tu voz suena a voz humana. ¡Oh, diosa sin duda! ¿Hermana de Febo? ¿O una del linaje de las ninfas? Bienaventurada seas, y ojalá alivies nuestro sufrimiento, quienquiera que seas, y nos enseñes en fin bajo qué cielo, a qué riberas del mundo hemos venido a parar: andamos errantes sin conocer los habitantes ni los lugares, traídos aquí por el viento y el vasto oleaje. Ante tus altares caerán muchas víctimas sacrificadas por nuestra mano».

Dijo entonces Venus: «Yo, desde luego, no me siento acreedora a semejante honor. Las muchachas de Tiro tienen la costumbre de llevar carcaj y enfundar sus pantorrillas en altos coturnos de púrpura. Estás viendo el reino cartaginés, los tirios y la ciudad de Agénor⁶³. Pero el país de alrededor es Libia, un pueblo invencible en la guerra. Didó detenta el poder desde que salió de la ciudad de Tiro, huyendo de su hermano. Larga es la historia de la injuria, largos los pormenores; pero voy a seguir los puntos esenciales de los hechos. Didó tenía un esposo, Siqueo⁶⁴, el más rico en oro de los fenicios, querido con gran amor por la desgraciada; el padre se la había entregado virgen y la había unido a él en primeras nupcias. Pero el reino de Tiro lo poseía su hermano Pigmalión, un criminal más desafortado que cualquier otro. Entre ambos medió el enojo. Aquél, despiadado y ciego por la codicia del oro, abate con la espada a Siqueo, sorprendiéndole a traición delante del altar, sin preocuparse del amor de su hermana. Y durante largo tiempo ocultó el hecho y, fingiendo muchas excusas el malvado, engañó con vana esperanza a la melancólica enamorada. Pero la propia imagen de su insepulto esposo se le presentó en sueños, mostrando la cara pálida en forma maravillosa. Descubrió el cruel altar y el pecho traspasado por el hierro, y reveló

⁶³ Primer rey de Fenicia, ancestro de los cartagineses.

⁶⁴ Príncipe fenicio esposo de Didó y asesinado por el hermano de ésta, Pigmalión.

por completo el crimen secreto de su casa. Luego la convence para que se dé prisa a huir y se marche de la patria, y para ayudarla en el camino desentierra un viejo tesoro, una gran cantidad de plata y oro de la que nadie sabía. Sobresaltada con esta revelación, Didó preparaba la huida y los acompañantes. Se juntan los que sentían un odio atroz o un temor intenso contra el tirano. Se apoderan por sorpresa de unos barcos que casualmente estaban aparejados, y los cargan con el oro. Las riquezas del codicioso Pigmalión viajan por el piélagos; una mujer capitanea la hazaña. Llegaron al lugar donde ahora ves levantarse las colosales murallas y la fortaleza de la nueva Cartago, y adquirieron un solar de la extensión que podían abarcar con la piel de un toro, que por el nombre se llama *byrsa*⁶⁵. Pero, en fin, ¿quiénes sois vosotros? ¿De qué riberas llegáis? ¿Adónde os encamináis?» Suspirando y sacando la voz de lo profundo de su pecho, replica él a sus preguntas con las siguientes palabras:

«Oh diosa, si fuese a remontarme al primer origen y tuvieses tiempo de escuchar los anales de nuestros sufrimientos, antes Véspero escondería el día encerrándolo en el Olimpo. A nosotros, que surcamos mares lejanos desde la antigua Troya (si acaso el nombre de Troya llegó a vuestros oídos), la tempestad nos empujó con su ciego azar a las costas de Libia. Soy el justo Eneas, el que lleva consigo en las naves los penates que salvó del enemigo, conocido por la fama hasta más allá de las estrellas. Busco Italia, mi patria, y mi linaje descende del altísimo Júpiter. Me eché al mar frigio con veinte naves, siguiendo el destino que se me había confiado, y mi madre, una diosa, me señalaba el camino. Apenas quedan siete salvadas de las olas y del Euro⁶⁶. Yo mismo, desconocido e indigente, recorro los desiertos de Libia, expulsado de Europa y de Asia».

Venus, sin dejarle quejarse más, interrumpió su dolor diciendo así: «Quienquiera que seas, no respiras, creo, el aire de la vida odiado por los celestiales, puesto que has llegado a la ciudad Tiria. Solo tienes

⁶⁵ Piel, cuero.

⁶⁶ Viento, generalmente del sudeste.

que perseverar y presentarte ante el umbral de la reina. Pues te comunico que han vuelto tus compañeros y ha regresado la escuadra y, con el cambio del aquilón, ha llegado a buen puerto, si mis padres, dejándose engañar, no me profetizaron el augurio en vano. Mira los doce cisnes regocijándose en su bandada, a los que el ave de Júpiter, planeando desde la zona del éter, dispersaba a cielo abierto. Ahora en larga hilera parecen escoger una tierra o mirar desde arriba la que han escogido. Igual que ellos juegan a buen recaudo con sus alas rumorosas, y recorrieron en círculo el cielo y se pusieron a cantar, de la misma manera tus bajeles y los jóvenes tuyos están en el puerto o entran en él a toda vela. Solo tienes que perseverar y dirigir tus pasos por donde lleva el camino».

Dijo, y al alejarse refulgió su cuello de rosa y su pelo de ambrosía exhaló de la cabeza un olor divino; su vestido cayó hasta los mismos pies, y en sus andares manifestó ser una diosa de verdad.

Cuando él reconoció a su madre, la siguió escapándose ya con estas palabras: «¿Por qué te burlas tantas veces de tu hijo, cruel tú también, con falsas imágenes? ¿Por qué no cabe estrechar mano con mano y escuchar y replicar con palabras verdaderas?». Estos reproches le hace, y encamina sus pasos a las murallas.

Pero Venus envolvió a los caminantes con un vapor oscuro y, diosa como era, difundió a su alrededor un gran velo de niebla, para que nadie pudiese verlos, para que nadie pudiese tocarlos, o causarles un retraso o preguntarles los motivos de su llegada. Por su parte, ella se marchó por el aire a Pafos⁶⁷, y volvió a visitar contenta su sede, donde tiene un templo y cien altares queuman incienso sabeo⁶⁸ por ella y huelen a guirnaldas frescas.

Entretanto emprendieron el camino por donde muestra el sendero. Y ya subían por la colina que domina ampliamente la ciudad y de cuya cima se contempla de frente la ciudadela. Eneas admira los vastos edificios, en otro tiempo cabañas de pastores, admira las puertas

⁶⁷ Ciudad de Chipre consagrada a Venus.

⁶⁸ Eran famosos el incienso y la mirra de Saba, ciudad de Arabia Feliz.

y el ajetreo y el trazado de las calles. Los tirios se aplican con pasión, los unos en levantar los muros y construir el alcázar y arimar sillares, arrastrándolos con los brazos, los otros en escoger un sitio para vivienda y marcarlo con un surco. Crean leyes y eligen magistrados y el santo senado. Aquí dragan unos los puertos; allí colocan otros los profundos cimientos del teatro y labran enormes columnas de las rocas, alta decoración del futuro escenario. Como el esfuerzo que ocupa a las abejas al sol por los campos floridos al llegar el verano, cuando sacan las crías bien alimentadas de la especie, o cuando hacen la miel líquida y ensanchan las celdillas con el dulce néctar, o recogen las cargas de las que llegan, o alejan de la colmena formando un pelotón a los zánganos, animales inútiles; bulle la colmena y las mieles fragantes huelen a tomillo. «¡Oh, afortunados quienes ven levantarse sus murallas!», exclama Eneas, y observa los altos tejados de la ciudad. Se introduce rodeado de la niebla (causa maravilla decirlo) en medio de la gente y se mezcla con ella, y nadie lo ve.

Había en medio de la ciudad un bosque de sombra frondosa, lugar en que los cartagineses, después de vagar por las olas y las corrientes del mar, hallaron cavando por primera vez la señal que les había indicado la regia Juno: la cabeza de un caballo fogoso; pues de esta manera el pueblo descollaría en la guerra y se alimentaría fácilmente durante siglos. Aquí la sidonia Didó levantaba un enorme templo a Juno, poderoso por sus ofrendas y la protección de la diosa, cuyo umbral de bronce se alzaba con las escaleras, y las vigas estaban ajustadas con clavos de bronce; los goznes chirriaban en puertas bronceas. El insólito espectáculo que se le ofrecía en este bosque rebajó por primera vez su temor, aquí tuvo ánimos Eneas para esperar por primera vez la salvación y poner más confianza en su adversa situación. Mientras observa todos los detalles en el enorme templo, aguardando a la reina, mientras se queda arrobado ante la suerte de la ciudad, y las brigadas de obreros, rivalizando entre sí, y la laboriosidad de las obras, ve por su orden las batallas de Ilión y las guerras divulgadas ya por la

fama en todo el orbe, a los Atridas⁶⁹, y a Príamo⁷⁰, y a Aquiles⁷¹, dañino con ambos. Se detuvo, y dijo, derramando lágrimas: «¿Qué lugar, Acates, qué rincón de la tierra, no está empapado ya de nuestra desventura? Mira a Príamo. También aquí tiene sus recompensas la virtud, se lloran los infortunios y las cosas de los hombres llegan al corazón. Abandona tu temor; esta fama nuestra te reportará algún tipo de salvación». Así dice, y alimenta su espíritu con la pintura vana, lamentándose sin cesar, y riega su cara con un río de lágrimas. Pues veía cómo los griegos, batallando alrededor de Pérgamo⁷², huían por aquí y les hostigaba la juventud troyana; por aquí los frigios, y les acosaba con el carro el empenachado Aquiles. Y no lejos de aquí reconoce con lágrimas la tienda de Reso⁷³ por su lona blanca como la nieve, tienda que, delatada en el primer sueño, el hijo de Tideo devastaba ensangrentado con ingente carnicería, y desviaba sus caballos alazanes al campamento antes de que hubiesen probado el pasto de Troya y hubiesen bebido en el Janto⁷⁴. En otra parte Troilo⁷⁵, huyendo después de perder las armas, infortunado muchacho que se midió en desventaja con Aquiles, es llevado por los caballos, y cuelga boca arriba en el carro vacío, pero sosteniendo las riendas; su cuello y su pelo arrastran por tierra, y la lanza, vuelta, escribe en el polvo. Mientras tanto las mujeres de Troya iban al templo de la inicua Palas con el pelo suelto, y le llevaban un peplo, a fuer de suplicantes, entristecidas y golpeándose el pecho con las manos. De espaldas, la diosa mantenía los ojos clavados en el suelo. Tres veces había arrastrado a Héctor en torno de los muros de Ilión y vendía su cuerpo sin vida a precio de oro Aquiles. Entonces es cuando

⁶⁹ Los hijos de Atreo, Agamenón y Menelao, contendientes en la guerra de Troya.

⁷⁰ Rey de Troya.

⁷¹ Otro héroe griego frente a los troyanos.

⁷² Troya.

⁷³ Rey de Tracia muerto por Ulises y Diomedes.

⁷⁴ Río de Troya también llamado Escamandro.

⁷⁵ Hijo de Príamo.

arranca de lo hondo del pecho un tremendo gemido, al contemplar los despojos, y el carro, al contemplar el propio cadáver del amigo, y a Príamo extendiendo sus manos indefensas. También se reconoció a sí mismo mezclado entre los caudillos aqueos, y el ejército del oriente y las armas del negro Memnón⁷⁶. Pentesilea⁷⁷, enloquecida, guía el escuadrón de las Amazonas con sus rodela en forma de media luna, y se enardece en medio de sus mil compañeras, ciñéndose aguerrida un cinturón dorado por debajo del seno expuesto, y muachacha como es se atreve a enfrentarse con los hombres.

Mientras el dardanio⁷⁸ Eneas observa estas maravillas, mientras se halla atónito y está fijo únicamente en su contemplación, avanzó hacia el templo la reina, Didó, de belleza sin par, acompañada de un grupo numeroso de jóvenes. Como Diana dirige sus coros en las riberas del Eurotas⁷⁹ o por las colinas del Cinto⁸⁰, a quien siguen mil Oréades⁸¹ y se juntan a ambos lados suyos; ella lleva al hombro el carcaj y sobresale andando entre todas las diosas: el gozo bulle en el pecho silencioso de Latona⁸². Tal estaba Didó, así avanzaba dichosa por medio de la gente, metiendo prisas a las obras que iban a ser su reino. Luego se sentó a la puerta de la diosa, a mitad de camino bajo la bóveda del templo, cercada por las armas y reclinada por arriba en el trono. Impartía justicia entre la gente y distribuía en partes equitativas el trabajo de las obras o lo echaba a suertes, cuando de repente Eneas ve acercarse en medio de una gran concurrencia a Anteo y a Sergesto y al valeroso Cloanto⁸³, y otros de los teucros que la tromba negra había dispersado en el mar y había desviado a costas bien distintas. A

⁷⁶ Rey fabuloso de Etiopía.

⁷⁷ Amazona, hija de Marte. Auxilió a Príamo y murió a manos de Aquiles.

⁷⁸ Dárdano fue el fundador de Troya, de ahí que a los troyanos se les llama dardanios.

⁷⁹ Río de Laconia.

⁸⁰ Monte de la isla de Delos dedicado a Diana (o Cintia).

⁸¹ Ninfas de las montañas.

⁸² Latona es la madre de Apolo y Diana.

⁸³ Compañeros de Eneas.

un tiempo quedóse atónito él, a un tiempo quedó conmocionado Aca-tes de alegría y de miedo. Ardían en deseos de estrecharles las manos; pero lo desconocido de la situación les azara el ánimo. Se reprimen, y, velados por la hueca nube, aguardan a ver qué suerte han corrido los héroes, en qué litoral habían dejado la flota, a qué venían; pues venían unos representantes de todas las naves a pedir favor, y se encaminaban al templo con algarabía.

Después que estuvieron en el interior y se les dio permiso para hablar en presencia de la reina, el mayor de ellos, Ilioneo, con ánimo tranquilo, comenzó del siguiente modo: «Oh reina, a quien Júpiter ha concedido fundar una ciudad nueva y refrenar con la justicia unos pueblos salvajes; los desgraciados troyanos, que hemos recorrido todos los mares a impulso de los vientos, te lo suplicamos: aleja de las naves el fuego nefasto, respeta una raza justa y considera más de cerca nuestra situación. No hemos venido nosotros ni a asolar con el hierro los penates líbicos ni a conducir a la costa el botín que apresamos. No va con nuestro modo de ser esa violencia ni puede haber tan gran soberbia en unos vencidos. Hay un lugar (los griegos le dan la denominación de Hesperia)⁸⁴, una tierra antigua, poderosa con las armas y por la fertilidad del suelo; la habitaron hombres de Enotria⁸⁵; ahora es fama que los descendientes la han llamado nación de Italia por el nombre de su caudillo. Este rumbo llevábamos, cuando de repente, levantándose el tormentoso Orión⁸⁶ con sus olas, nos llevó a bajíos impracticables y nos dispersó con los austros impetuosos en el agua, con el mar sobre nuestras cabezas, y por los escollos intransitables. Hasta aquí, hemos llegado nadando unos pocos a vuestras riberas. ¿Qué género de hombres es éste? ¿Qué patria tan bárbara permite esta costumbre? Se nos niega la hospitalidad de la arena. Promueven guerras y nos impiden pisar en el borde de su tierra. Si despreciáis el género humano y las armas de los hombres, ¡ay!, aguardad por el contrario a

⁸⁴ Así llamaban los griegos a las tierras colocadas al occidente de Grecia.

⁸⁵ Región situada en el sudeste de Italia.

⁸⁶ Constelación.

los dioses que no olvidan lo bueno ni lo malo. Nuestro rey era Eneas, más justo que el cual no había otro ni uno más grande por su justicia en la guerra y las armas. Si el destino nos guarda este héroe, si respira el aire del cielo y no yace aún en las crueles sombras, no tenemos qué temer. Y no te arrepentirás de competir antes con tus buenos oficios. Tenemos además ciudades y armas en las comarcas de Sicilia, y el preclaro Acestes, de sangre troyana. Danos licencia para sacar las naves desarboladas por el viento y procurarnos maderos de las selvas y desbistar los remos: si es posible dirigirnos a Italia, recuperando a nuestros compañeros y a nuestro rey, para dirigirnos felices a Italia y al Lacio; pero si se ha perdido la esperanza de salvación y te posee, óptimo padre de los teucros, el mar de Libia, y ya no queda esperanza de Julo, ¡ay!, para dirigirnos, cuando menos, al estrecho de Sicilia y al solar de que disponemos junto al rey Acestes, que es de donde hemos venido aquí».

Con estas palabras habló Ilioneo; al mismo tiempo todos los dardánidas dejaban escapar murmullos de su boca. Entonces Didó, bajando la cabeza, habla ante ellos brevemente: «Quitaos el miedo del corazón, teucros, dejaos de preocupaciones. Circunstancias difíciles y la novedad del reino me obligan a tomar tales medidas, y vigilar con guardias mi territorio en toda su extensión. ¿Quién no conocerá la raza de los Enéadas? ¿Quién no conocerá la ciudad de Troya, y sus virtudes y a sus hombres, y el incendio de una guerra tan grande? No tenemos los cartagineses una mente tan roma ni el sol unce sus caballos tan apartado de la ciudad de Tiro. Tanto si elegís la gran Hesperia y los campos de labor de Saturno⁸⁷ como si el territorio de Érice⁸⁸ y el rey Acestes, os despediré protegidos con mi auxilio y os ayudaré con mis recursos. ¿Queréis también estableceros conmigo en este reino en igualdad de condiciones? La ciudad que estoy construyendo es vuestra; varad las naves; troyano y tirio los trataré sin diferencia

⁸⁷ Antiquísimo dios itálico. Se instaló en el monte Capitolio, emplazamiento futuro de Roma, llamado también reinos saturnios.

⁸⁸ Sicilia.

alguna. ¡Y ojalá estuviese aquí vuestro propio rey Eneas empujado por el mismo Noto! Desde luego voy a enviar por las costas a algunos hombres de confianza y les ordenaré explorar los confines de Libia por si anda errante, arrojado del mar, en alguna selva o ciudad».

Cobrando ánimos con estas palabras el valeroso Acates y el padre Eneas hacía tiempo que ansiaban prorrumper fuera de la nube. Acates interpela antes a Eneas: «Hijo de diosa, ¿qué idea brota ahora de tu mente? Ves que todo es seguro, que hemos recuperado la escuadra y los compañeros. Sólo falta uno que nosotros mismos vimos hundirse en medio del oleaje; lo demás se corresponde con las palabras de tu madre».

Apenas había dicho esto cuando de repente, difuminándose a su alrededor, se hiende la nube y se disipa en el cielo despejado. Reapareció Eneas y resplandeció a la clara luz, parecido a un dios por la cara y los hombros; pues la propia madre había insuflado en el hijo una hermosa cabellera y el purpúreo relumbre de la juventud y una risueña gracia en los ojos: como el adorno que añaden al marfil las manos, o cuando se cerca la plata o el mármol pario con el amarillo oro. Entonces se dirige así a la reina, y dice de repente a todos, que no le habían visto: «Aquí delante está el que andáis buscando, yo, Eneas el troyano, salvado de las aguas líbicas. Oh tú, la única que se ha apiadado de los inenarrables sufrimientos de Troya, que nos asocias en tu ciudad y en tu casa a nosotros, restos de los dánaos⁸⁹, que hemos agotado ya todas las desventuras de la tierra y del mar, que carecemos de todo; no está en nuestro poder darte las gracias que te mereces, Didó, ni en el de todo el pueblo dardanio que se ha dispersado por todas partes a lo largo del ancho mundo. Que los dioses (si es que alguna potencia divina toma en consideración a los piadosos, si en algún lugar representan algo la justicia y la conciencia que sabe en su interior lo que es la rectitud) te den el premio que te mereces. ¿Qué siglos tan felices te criaron a ti? ¿Qué magníficos padres te engendraron como eres? Mientras los ríos corran al mar, mientras las sombras de los montes

⁸⁹ Griegos.

vaguen por los valles, mientras el firmamento alimente a las estrellas, siempre tu honor y tu nombre y alabanzas subsistirán, cualesquiera que sean las tierras que me llamen». Así diciendo dirige la mano derecha a su amigo Ilioneo y la izquierda a Seresto; luego, a los demás, al valeroso Gias, al valeroso Cloanto.

Se quedó estupefacta la sidonia Didó, primero, al verle, después, ante tan gran aventura del héroe, y abrió la boca para decir: «¿Qué desventura te persigue, hijo de diosa, a través de riesgos tan grandes? ¿Qué fuerza te empuja a riberas salvajes? ¿No eres tú aquel Eneas que la nutricia Venus engendró para el dardanio Anquises⁹⁰ junto a las aguas del Simunte frigio? Y precisamente recuerdo que Teucro vino a Sidón, expulsado de su tierra patria, a buscar un reino nuevo con el auxilio de Belo. Mi padre Belo asolaba entonces a la riquísima Chipre y la sometía victorioso a su potestad. Ya desde aquella época conocía yo la catástrofe de la ciudad troyana y tu nombre y los reyes pelasgos⁹¹. Él mismo, a pesar de ser enemigo, ensalzaba con insignes alabanzas a los teucros y pretendía tener su origen en la antigua estirpe de los teucros. De manera que, ¡vamos oh jóvenes!, entrad en nuestras casas. También a mí, arrastrada en medio de muchos sufrimientos, una fortuna parecida quiso que me estableciese finalmente en esta tierra. No es desconociendo el mal como he aprendido a socorrer a los desgraciados».

Así termina su historia; al mismo tiempo conduce a Eneas al palacio real, a la vez que ordena hacer sacrificios en los templos de los dioses. Sin perjuicio de ello, envía mientras tanto a la costa veinte toros para los compañeros, cien grandes cerdos de lomos erizados, cien corderos cebados, junto con sus madres, alegres regalos de un día de fiesta.

Por su parte, preparan espléndidamente el interior del palacio con lujo regio, y disponen el banquete en medio del edificio: vestidos artísticamente trabajados en soberbia púrpura, enorme cantidad de

⁹⁰ Padre de Eneas.

⁹¹ Griegos.

plata en las mesas, y grabados en oro los hechos valerosos de los padres, una serie larguísima de acontecimientos, prolongada a través de tantos héroes desde el remoto origen de la raza.

Eneas (pues su amor de padre no dejaba descansar su mente), en vía antes a las naves al rápido Acates, para que lleve estos regalos a Ascanio y lo traiga a las murallas. Toda la preocupación de su querido padre se centra en Ascanio. Le ordena además que se traiga los regalos salvados de las ruinas de Ilión: una túnica bordada con figuras de oro, un velo con un festón de azafranado acanto, adornos de la argiva Hélena, que ella había sacado de Micenas cuando se encaminaba a Pérgamo y a su matrimonio ilegítimo, admirable don de su madre Leda⁹². Además, un cetro que en otro tiempo había llevado Ilíone, la hija mayor de Príamo, y una ajorca de perlas para el cuello, y una corona doble de perlas y de oro. Para hacer aprisa estos encargos, Acates llevaba camino hacia las naves.

Ahora bien, la Citerea ensaya en su pecho nuevas artimañas, nuevos planes: que Cupido⁹³, cambiado de aspecto y de cara, venga en lugar del dulce Ascanio e inflame y apasione a la reina con regalos y le meta el fuego en los huesos. Y es que teme la casa equívoca y a los tirios traicioneros. La diabólica Juno la está quemando, y al llegar la noche vuelve la preocupación. Conque habla al alígero Amor con estas palabras: «Hijo, fuerza mía, mi gran poder, el único tú, hijo, que desprecias las armas de Tifóeo⁹⁴ del gran padre, en ti busco refugio y reclamo suplicante tu poder. Tú sabes cómo tu hermano Eneas vaga errante por el piélagos de costa en costa por el odio de la amarga Juno; y muchas veces te apenaste con mi pena. Ahora le retiene la fenicia Didó y le hace perder el tiempo con blandas palabras; y me

⁹² Leda tuvo con Tindáreo a Hélena, Clitemestra y los Dióscuros. Aunque la leyenda más corriente cuenta que se metamorfoseó en oca huyendo de los amores de Júpiter y de la unión con él como cisne tuvo dos huevos, de cada uno de los cuales surgirían las dos parejas de hijos.

⁹³ Dios del amor, hijo de Marte y Venus.

⁹⁴ Uno de los gigantes, hijo de Hera y enterrado bajo el Etna por mediación de Júpiter.

temo adónde puede ir a parar la hospitalidad de Juno; no permanecerá ociosa en una oportunidad tan grande. Por eso estoy pensando conquistar antes a la reina con engaños y coronarla de fuego, para que no cambie con ninguna otra potencia divina, sino que permanezca a mi lado con el gran amor de Eneas. Escucha ahora mi intención para que puedas hacer esto: por la llamada de su querido padre, se prepara para ir a la ciudad sidonia el niño real, mi más grande preocupación, llevando los regalos que quedaron del piélago y de las llamas de Troya; yo lo esconderé, sepultado en el sueño, en un rincón sagrado, en la alta Citera⁹⁵ o en la Idalia⁹⁶, para que no pueda enterarse del engaño ni interponerse en él. Tú finge con fraude el aspecto de él no más de una noche, y, niño como eres, adopta la cara conocida del niño, para que cuando Didó te acoja contentísima en su regazo junto a las mesas reales y el licor de Baco, cuando te dé abrazos y te estampe dulces besos, le inspires un fuego secreto y la envenenes sin que se dé cuenta».

El Amor obedece la orden de su querida madre, y se despoja de las alas, y se pone a andar gozoso con el paso de Julio. Venus, por su parte, riega los miembros de Ascanio de plácida quietud, y amparado en su regazo la diosa lo sube a los altos bosques de Idalia, donde la blanda mejorana lo abraza, perfumándolo con sus flores en la dulce sombra.

Y ya marchaba Cupido cumpliendo su encargo y llevaba los regalos reales a los tirios, satisfecho con la guía de Acates. A su llegada, la áurea reina se acomodó ya en su lecho entre soberbias cortinas, colocándose en el centro. Ya el padre Eneas, ya la juventud troyana acuden y se acomodan en los asientos cubiertos de púrpura. Los criados dan agua a las manos y reparten pan en canastillos y traen servilletas de pelados hilos. En el interior hay cincuenta criadas, cuya misión consiste en tener ordenada una bien provista despensa, y honrar a los penates quemando perfumes. Hay otras cien y un número igual de camareros de la misma edad, para colocar los manjares en las mesas y servir las copas. Los tirios, asimismo, acudieron en gran número

⁹⁵ Isla de Venus en el mar Egeo.

⁹⁶ Ciudad de la isla de Chipre.

por el festivo umbral invitados a recostarse en los pintados lechos. Admiran los regalos de Eneas, admiran a Julo y el resplandeciente rostro del dios y sus palabras fingidas, y la túnica y el velo pintado con acanto azafranado. En especial la infortunada fenicia, ofrecida en holocausto de una perdición futura, no consigue saciar su interés y se apasiona mirando y queda afectada igualmente por el niño y por los regalos. El niño después de colgarse del cuello de Eneas abrazándole y de satisfacer el gran amor de su falso padre, se dirige a la reina. Ésta queda prendida de él con su mirada, con todo su corazón, y de vez en cuando lo atrae a su regazo, sin saber la desdichada Didó qué gran dios está sentado a su lado. Y él, acordándose de su madre Acidalia, comienza a borrar poco a poco a Siqueo, y prueba a cambiar con un amor vivo su ánimo ya hacía tiempo apagado y su corazón deshabitado.

Tan pronto como se dio tregua al banquete y se retiraron las mesas, disponen unas grandes crateras⁹⁷ y coronan el vino. Se forma un estruendo en el palacio y las palabras circulan por los anchos zaguanes; cuelgan lámparas encendidas de los artesonados dorados, y las antorchas vencen con sus llamas a la noche. En este punto la reina pidió una copa pesada de perlas y oro, y la llenó de vino puro, que era el que acostumbraba Belo y todos después de él. Entonces se hizo el silencio en la casa. «Júpiter, pues dicen que tú confieres el derecho de hospitalidad, ten a bien que este día sea dichoso para los tirios y para los que salieron de Troya, y que nuestros descendientes se acuerden de él; que esté presente Baco, el dispensador de la alegría, y la buena Juno. Y vosotros, oh tirios, celebrad la reunión amablemente». Dijo, y libó el honor del licor a la mesa, y después de libar, lo probó ella la primera a flor de labios; luego se lo pasó a Bitias, chasqueando los dedos, el cual ni corto ni perezoso se tragó la espumosa copa y se bañó en pleno oro; después, los restantes próceres. El melenudo Iopas, a quien enseñó el

⁹⁷ Grandes vasijas para mezclar el vino con el agua.

grandioso Atlas⁹⁸, deja escapar las notas de su dorada cítara. Canta las revoluciones de la luna y los trabajos del sol; de dónde proviene el género humano y los animales; de dónde, la lluvia y el fuego; canta a Arturo⁹⁹ y las lluviosas Híades¹⁰⁰ y los dos Triones¹⁰¹. Por qué el sol se da tanta prisa por bañarse en el Océano en invierno, o qué tardanza retrasa las lentas noches. Redoblan sus aplausos los tirios, y los troyanos les siguen. De la misma manera la desdichada Didó pasaba la noche en variada conversación, y bebía un largo amor, preguntando sin cesar detalles sobre Príamo, detalles sobre Héctor; ora con qué armas había llegado el hijo de la Aurora, ora cómo eran los caballos de Diomedes, o bien cuán fornido Aquiles. «Pues ¡ea!», dijo, «cuéntanos, huésped, desde su mismo origen las estratagemas de los dánaos, y las desventuras de los tuyos, y tu andar errante; pues ya es el séptimo verano que te pasas errando por todas las tierras y mares».

⁹⁸ Uno de los gigantes.

⁹⁹ Estrella de la constelación del Boyero.

¹⁰⁰ Constelación.

¹⁰¹ Las dos osas: la mayor y la menor.